

BIBLIOGRAFÍA

TEOLOGÍA

José Manuel ANDUEZA, *Teología de la relación*, PPC, Madrid, 2018. 166 pp.

Hablar de teología es hablar de relación, sólo así puede entenderse la teología si quiere ser fiel al Evangelio. Esta afirmación nos orienta al contenido del libro. El Evangelio es una narración de las relaciones de Jesús con sus semejantes y con Dios a quien llama Abba.

La teología tiene que ser universal, ya no puede imponer nada sin acercarse a la realidad por la tangente, no desde el centro. Son cuatro sus elementos: es pluralista, es misionera (recordemos a Rahner), no puede ser ajena a la realidad de las personas y de la vida, y es desmitologizante. Las declaraciones de la fe se harán de manera creíble y aceptable por los oídos del hombre moderno sin miedo a perder la esencia de la fe al formular de manera nueva su propio contenido.

Las teologías de la liberación —que son de minorías— aportan también con Gustavo Gutiérrez su reflexión y concreción de la experiencia vivida, de una realidad que invita a alzar los ojos a Dios. Se pone el centro no en

mi experiencia o situación, sino en el otro como hijo de Dios. Todas esas teologías buscan explícitamente el misterio, quieren abrir el camino hacia el ser libre. La comunión con Dios es el comienzo y la meta de la libertad humana, ponen como centro al pobre para transformar las situaciones de pobreza. La ortopraxis pone su centro en la vida, en la actuación ante la realidad. Llevan al compromiso político como responsabilidad del cristiano de hoy (Rahner)

Un enfoque importante de la teología es ella misma desde la misericordia, del amor benigno (Juan Pablo II); se pone el amor en el centro, no en la razón y la norma. Tiene que dar razón de la situación real del mundo: inmigración, refugiados, desigualdad, paraísos fiscales, hambre, analfabetismo, derechos... y procurar que no todo se quede en los libros, que valen menos que tomar un café con un amigo; encuentros de compartir miradas, razones, palabras. La fe es hablar con personas y ahí se la puede visibilizar, sobre todo con aquellas que siguen pidiendo al cielo y a la tierra una respuesta a sus vidas.

Y vuelta al Evangelio para encontrarnos con relaciones, encuentros, sentimientos, acompañamientos; la misma figura de Jesús destaca por su capaci-

dad de encuentro y relación que manifiesta en muchas ocasiones en palabras –“ven, sígueme”, “alguien me ha tocado”, “el hijo pródigo”, el “buen samaritano”; y los gestos mismos de Jesús hablan de relación: “come y bebe con pecadores”, toca para salvar de miedos y egoísmos; y esos ojos de hermano.

¿Qué supone la teología de la relación? Hay que recuperar el misterio y dejar a Dios ser Dios. Se trata de vivir, de experimentar, de recuperar la praxis social que nos lleva al mundo de la relación, convivir en la pluralidad; esto exige un nuevo lenguaje y la vivencia de la humildad, la aceptación y el reconocimiento; hay que reinventar métodos y sistemas como propone J. Sobrino; leer los signos de los tiempos, los pobres como lugar teológico e ir elaborando unos contenidos sistemáticos sobre el Jesús histórico, la Iglesia de los pobres, la salvación como liberación de toda opresión.

El autor da tres principios de esta teología: exige perdón que lleve al encuentro; reconocer pecados estructurales y personales y superarlos. Reconocer nuestra finitud ayuda a superar nuestro ‘ego’ que nos hace creernos gigantes de nuestros sueños. Recordemos el “setenta veces

siete”. La reconciliación lleva su teología, primero hacia uno mismo, luego con los hermanos aceptando su realidad, con sus resonancias bíblicas (Ex. Is. Rom). Al otro le damos la centralidad en la relación y llegamos al encuentro con el Otro: aceptar el misterio y establecer una nueva relación.

En los santos Padres hallamos referencias al amor y la misericordia; siempre repiten: “Dios se hizo hombre para que el hombre se convirtiera en Dios”. Juan Crisóstomo alude a la misericordia y todo para vivir la nueva existencia que Cristo aportó: *“La misericordia es lo primero que ha de aprender el hombre pues en esto está el ser hombre. Imitemos esta virtud y señaladamente la humildad y la misericordia sin las cuales no es posible la salvación”*. Gregorio Nacianceno y su concepción social del ser humano. Ambrosio defiende a la Iglesia sobre el poder de Constantino y pide el justo respeto y libertad. Gregorio de Niza promueve la manifestación y la imagen de Dios en diálogo de comunicación y transformación. León Magno, para quien el ser humano es templo de Dios vivo y verdadero. Francisco de Asís, con su potente voz sobre la misericordia y la caridad perfecta.

La Navidad la presenta el autor como un hecho relacional que se da ya en la genealogía de Jesús. Con él surge la esperanza de otro mundo posible en el cual se van a trabajar estos conceptos: justicia, solidaridad, responsabilidad, inclusión y resiliencia. El autor insiste en la solidaridad como forma de comunión y contacto profundo con los demás. Para J. Sobrino, la solidaridad significa llevarse mutuamente a los pobres y a los no pobres, dando y recibiendo unos de otros lo mejor que tenemos para poder estar unos con otros. La mirada del otro se convierte en mirada a Dios. La solidaridad se encuentra con términos dialécticos como inclusión/exclusión; hay que abrir puertas para que todos entremos en los espacios comunes, lo que supone una radical transformación personal y confrontación con el mundo actual. El término social resiliencia designa la capacidad humana para superar traumas y heridas y en este punto hay una llamada a toda la sociedad para tener en primer plano todas las deficiencias y sufrimientos.

La relación se hace delicada en situaciones familiares; la expresión de la ternura, la preocupación efectiva sobre todo en momentos existenciales de dolor y muerte. Era de esperar que el autor dedicara

una palabra a la nueva creación de relaciones, a un nuevo estilo que configure la existencia y ayude al crecimiento, potencie la dignidad y llene de esperanza al mundo. Nueva experiencia fundacional, nueva espiritualidad, nuevas dimensiones de la realidad cósmica, histórica, psíquica, trascendental. Dios ama con un amor que toca y compromete la existencia humana y la primacía del mensaje está en el amor y ese amor tiene como primer objeto el necesitado. Todo vivido con una gran esperanza en las nuevas estructuras de la Iglesia, centrada en la estructura primigenia de la comunidad. El autor cierra el libro con un acto de confianza en otro mundo posible desde las relaciones con el otro, el Otro, la naturaleza y con nosotros mismos.

José M^a Martínez

COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Dios Trinidad, unidad de los hombres. El monoteísmo cristiano contra la violencia*, BAC, Madrid 2014, 112 pp.

En los años de 2009 al 2014 la Comisión Teológica Internacional (CTI) realizó un estudio sobre algunos aspectos del discurso cristiano acerca

de Dios, confrontándose de manera particular con la tesis la cual se daría *una relación necesaria entre monoteísmo y la violencia, o entre monoteísmo y las guerras de religión.*

El documento de la CTI que lleva como título *Dios Trinidad, unidad de los hombres. El monoteísmo cristiano contra la violencia* (2014), podría resumirse mediante una doble pregunta:

- a. ¿De qué manera la teología católica puede confrontarse críticamente con la opinión cultural y política que establece una relación intrínseca entre el monoteísmo y la violencia?
- b. ¿De qué manera la pureza religiosa de la fe en el único Dios puede ser reconocida como principio y fuente del amor entre los hombres?

La instigación a la violencia como máxima corrupción de la religión

La fe cristiana reconoce en **la instigación a la violencia la máxima corrupción de la religión.** El cristianismo alcanza esta convicción a partir de la revelación de la intimidad misma de Dios, que llega a nosotros mediante Jesucristo.

Según su vocación originaria, la tradición de la fe bíblica abre el horizonte de *la salvación para todos los hombres.* Este es el tema fundamental sobre el cual la fe cristiana comienza su diálogo con cualquier época. El sentido auténtico de esta apertura está impreso en el Evangelio del Hijo Crucificado quien hace que resulte para siempre contradictorio la violencia entre los hombres **“en nombre de Dios”**. La resistencia de la fe contra la enemistad basada en la religión, encuentra su fuerza en el testimonio de su derrota en Jesús crucificado (1 Cor 2,2). La historia de la salvación brota de la iniciativa de Dios hacia el hombre. Dios mismo hace posible nuestro encuentro con Él. La fe misma forma parte del don. *Nadie es “señor” de esta fe.* Y todos los discípulos son “servidores” (Lc 17, 10). La tendencia a transformar la gracia de la elección en privilegio étnico o prejuicio sectario debe ser combatida y vencida.

El cristianismo ha explicitado el sentido universal de la relación reconciliadora que establece entre Dios y la historia del hombre mediante la muerte de Jesús. El Concilio de Quierzy (853) afirmó que no existe, no ha existido, no existirá ningún hombre por el cual Cristo no haya sufrido (citado en el Catecismo

de la Iglesia Católica, (nº 605). En la muerte de Jesucristo queda claro definitivamente que la lucha no es entre los pueblos por la supremacía de una etnia sobre otra, de una cultura sobre otra, de una religión sobre otra.

La fe en el Dios Trinidad, que se deja iluminar cumplidamente por el acontecimiento cristológico de la redención del hombre y de la comunión con Dios (cf. 2 Cor 13, 13), incluye de manera radical la reconciliación de los hombres con Dios y en Dios. **La actuación de Dios que nos libra del mal y de la violencia encuentra su fundamento en el ser trinitario de Dios.** Para la fe cristiana, la doctrina de la liberación y de la salvación de los hombres se sobrepone exactamente con la doctrina de Dios Trinidad.

La «absoluta simplicidad» de Dios

El documento de la CTI se detiene en un aspecto que a veces olvidamos al hablar de Dios, y es el reconocimiento de la “absoluta *simplicidad de Dios*”, que en la tradición cristiana no es el simple sustrato de una tradición filosófica: es el fruto del pensamiento riguroso de la unicidad y unidad del Dios Trinidad. La simplicidad de Dios hace comprensible el sentido auténtico de la doctrina trinitaria. En la Suma de

Teología de santo Tomás de Aquino, la simplicidad es el primero de los atributos divinos que se estudia: de él depende la coherencia de todos los restantes atributos de Dios y la correcta comprensión del mismo misterio trinitario. Esta simplicidad, entendida de manera correcta, debe subrayar el sentido cristiano de la unión de Dios con las criaturas a las cuales ha querido vincularse. La clarificación de la gramática esencial de esta correlación puede ayudar hoy a clarificar cierto malentendido, filosófico y también religioso, debido a la sospecha de que el énfasis cristiano en la encarnación de Dios, se den a costa de perder la pureza, la trascendencia, la perfecta simplicidad de Dios. La afirmación fundamental es esta: la pureza de la unicidad de Dios no se debe perder. Y, con todo, la fe cristiana en la creación del mundo y en la encarnación del Hijo puede aceptarse como una confirmación y no como un obstáculo para pensar la unidad de Dios.

La constante purificación religiosa de la tentación de dominio

Finalmente, el documento de la CTI también reconoce la purificación religiosa de la tentación del dominio que se encamina hasta el final por la senda de la violencia. Los evangelios

recuerdan claramente que esta ha sido una “tentación que Jesús de Nazaret rechazó. Y él mismo ordenó a sus discípulos que la rechazaran (cf. Mc 10, 35-45). Por ello no se puede negar que la religión misma esté siempre necesitada, en sí misma, de una continua purificación que permita reconducirla siempre de nuevo al destino que más le corresponde: la adoración de Dios en espíritu y en verdad, como principio de reconciliación con Dios y de convivencia fraterna entre los hombres (cf. Jn 4, 23-24) (Documento CTI, n. 94).

Concluimos con las palabras que el Papa Benedicto XVI pronunció en el encuentro de oración por la paz, celebrado en la ciudad de Asís el 27 de octubre de 2011:

“Como cristianos reconocemos también que en nombre de la fe hemos recurrido a la violencia en la historia. Pero es absolutamente claro que este ha sido un uso abusivo de la fe cristiana, en claro contraste con su verdadera naturaleza. La cruz de Cristo es para nosotros el signo del Dios que en el puesto de la violencia pone el sufrir con el otro y el amor al otro. Su nombre es “Dios del amor y de la paz (2 Cor 13, 11)”.

Juan Pablo García Maestro

Anselm GRÜN, Tomás HALÍK, Winfried NONHOFF (ed.), ¿Deshacerse de Dios? Cuando la fe y la increencia se abrazan, Sal Terrae, Santander 2017, 260 pp.

El libro ofrece una extensa reflexión que comparten dos escritores de gran éxito editorial: Tomás Halík, sacerdote y teólogo checo, y Anselm Grün, teólogo y monje, a quien se presenta como el autor cristiano más leído en nuestro tiempo. Ambos abordan el tema de la fe, la increencia y la profunda relación existente entre ambas posturas. La tesis de todo el libro es la de presentar el papel purificador que la increencia ofrece a las *falsas fes*, que pueden ofrecer imágenes, seguridades y posicionamientos que no tienen nada que ver con la verdadera fe. Esta tesis se presenta ya desde el mismo prólogo, que corre a cargo de Winfried Nonhoff, el editor de la obra. En su prólogo presenta el viernes santo, con todo su poder simbólico encarnador del vacío de Dios, como la gran prueba a la que se tiene que someter la fe del cristiano, al que hace pasar necesariamente por la duda y el desmantelamiento de las falsas seguridades. El editor, además del prólogo, ofrece el epílogo de la obra, que consiste en una entrevista

a los dos autores, a los que les hace preguntas muy breves y certeras, siempre en relación con la fe y la increencia.

Además de este prólogo y este epílogo, la obra se encuentra entre dos puertas: en la de entrada Tomás Halík presenta el famoso discurso del loco, que Nietzsche ofreció en su obra *La gaja ciencia*, y en la que se anuncia la muerte de Dios. En la puerta de salida, es Anselm Grün quien ofrece otro discurso, en este caso el del apóstol San Pablo en el areópago, cuando presenta a los atenienses la existencia de un Dios que hasta entonces era desconocido. La tensión que existe entre los dos discursos es la tensión en torno a la cual reflexionan, de modo muy intenso a veces, los dos teólogos, repitiendo fundamentalmente una misma idea de diversas formas: cuando nuestros contemporáneos hablan de la increencia, de la muerte de Dios, del alejamiento del mundo de la fe, en el fondo están hablando de la no creencia en unos determinados conceptos sobre Dios. Pero Dios está más allá de esa falta de fe. Y, de la misma forma, Dios está más allá de donde le quiere situar la fe encorsetada, a la que tantas veces sometemos nuestra vida. Porque en realidad, el libro es una especie de alegato tanto contra los ateos confi-

ados, demasiado seguros de su posicionamiento, pero que en el fondo huyen de las preguntas fundamentales, como contra la falsa confianza de los creyentes que se arropan en las seguridades de preceptos, de imágenes que objetivan a un Dios inventado, que no se dejan sorprender por la existencia de un Dios libre. En otras palabras, que *no dejan a Dios ser Dios*.

De hecho, los autores del libro se niegan a considerar a creyentes y no creyentes como dos equipos claramente separados, cada uno con una camiseta diferenciadora. Más bien, pretenden un diálogo profundo, el diálogo que a veces se puede encontrar en el corazón de una misma persona, que se debate entre la creencia y la increencia. De ahí que los dos se esfuercen en animar al diálogo entre los ateos y los creyentes, en despertar actitudes de acercamiento...

Ven que hay distintos tipos de ateísmo, y que hay uno profundamente abierto a la existencia de Dios, pero que se niega encarnizadamente a las concreciones a las que las religiones han querido someter a Dios. De hecho, afirma Halík, “el cristianismo tiene que agradecerle a la crítica atea la limpieza de las caricaturas de Dios ampliamente difundidas”. No cabe duda que el cristianismo y la fe bibli-

ca se oponen, más que al ateísmo, a la idolatría, a la superstición...

El cristianismo, en ese sentido, supone en sí mismo la superación de la religión, una idea ampliamente expresada por muchos autores y filósofos en las últimas décadas. Y esta es una de las aportaciones del libro que ambos autores repiten con más frecuencia, con un lenguaje a veces más filosófico, otras más teológico, y en ocasiones más vital.

En conjunto, el tono de Anselm Grün parece más sencillo, más popular: el propio de alguien que está acostumbrado a hablar y a escribir para grandes masas de creyentes de toda condición cultural. Los capítulos de Halík son de un tono intelectual más elevado; aunque es precisamente en Halík en quien se descubre también una expresión mayor de la propia experiencia vital, pues alude constantemente a la propia historia vivida en su Checoslovaquia natal, donde el dominio soviético, opuesto radicalmente a la vivencia religiosa, marcó profundamente la historia de su pueblo. Esa circunstancia histórica, sufrida durante muchos años, tiene mucho que ver con la situación de increencia tan extendida actualmente. Pero esta historia vivida personalmente por Halík le permite ahora

expresar un testimonio personal muy rico, porque ha experimentado en sí mismo las dudas, las tensiones y las superaciones de las crisis de las que ahora habla, como teólogo y como sociólogo.

Hay páginas sumamente interesantes sobre el fortalecimiento y el debilitamiento de la fe, sobre la muerte como la gran prueba a la fe o la gran puerta que se abre para ella, sobre la necesidad de abrirse a experimentar en la vida la capacidad de comprender la postura del hijo pródigo, escapando de las seguridades y la incompreensión que le impiden al hijo mayor de la parábola salir, acoger y crecer...

Un libro, es cierto, repetitivo en argumentos. Pero también enriquecedor, con una orientación no sólo racional, filosófica y teológica, sino también pastoral. Una obra, en resumen, muy recomendable.

Esteban de Vega

Javier GARRIDO, *Sobre la muerte y el más allá, Sal Terrae, Santander 2017, 180 pp.*

En una ocasión escuché a Luis Urbez SJ, con mucho gracejo, relatar una experiencia de ejercicios en que un jesuita hablaba a jóvenes sobre

los “novísimos” (muerte, juicio, cielo e infierno) y por circunstancias del relato y físicas, de la luz y del predicador, aquellos oyentes quedaron horrorizados.

La verdad es que este tipo de temáticas son muy vivenciales y quizás se han abandonado un poco por no encontrar un discurso ágil, cercano y con fuerza antropológica y existencial. Sin embargo, el autor lo ha intentado y podemos decir que nos ofrece esa visión existencial que muchos de nosotros podríamos buscar: “La perspectiva existencial nace de la experiencia: cómo damos paso a la realidad de los novísimos; qué implican en nuestras vidas; si son motivo de esperanza o más bien de miedo; si nos traen más dudas que certezas...” (p. 12).

Su autor es Javier Garrido Goitia, nacido en Bermeo (Vizcaya) en 1941, franciscano de la Provincia de Arantzazu, licenciado en Filosofía y Teología por la Universidad de Friburgo (Suiza). Lleva más de tres décadas dedicado a la formación de grupos de adultos y a acompañar procesos de fe de personas, especialmente en el mundo universitario.

Su producción presenta un arco muy amplio que combina la reflexión so-

bre la vida franciscana con la profundización en temas de espiritualidad cristiana en general: experiencia cristiana, la cultura actual y las ciencias humanas. Es autor de muchísimas obras, entre las que cabe destacar: *Adulto y cristiano* (1997), *El conflicto con Dios, hoy* (2000), *El camino de Jesús* (2006), *El camino de María: vida y misión* (2007), *Evangelización y espiritualidad* (2009) *Itinerario espiritual de Francisco de Asís: Problemas y Perspectivas (Hermano Francisco)* (2010), y *La hora del laicado cristiano* (2016), entre otras. Sería muy largo el señalar todas sus obras.

Se trata a mi juicio de una reflexión pastoral, muy viva y existencial, de los “novísimos”, pero a la luz de la escatología contemporánea. Su autor señala que el tema de los novísimos está ligado fuertemente a la imagen relacional, afectiva, casi inconsciente, de Dios y que desde ahí debemos partir en la pastoral, no tanto desde la doctrina, cuanto desde el proceso personalizador de la fe de cada uno. Concluye que “los novísimos son una buena plataforma para la experiencia fundante si tienen que ver con la dramática existencial, cuando la finitud, el mal y la muerte obligan a preguntarse por la gracia salvadora de Dios” (p. 182). Todo ello también a luz de la esperanza teológica y sin olvidar que “no hay más allá sin un más acá, que los

novísimos dependen de nuestro amor de Dios y del prójimo cada día, y que el horizonte del más acá, deseado y prometido, es el más allá” (ibid.).

José Luis Guzón Nestar,

Francesc TORRALBA, *Y, a pesar de todo, creer*, PPC, Madrid 2018, 124 pp.

Obra sencilla, en la que la profundidad del contenido no está reñida con la sencillez y la amenidad. La temática del título responde perfectamente con el título de la obra, pues todos sus capítulos intentan explicar lo que es creer y la razonabilidad que existe en el hecho de creer, más allá de que la existencia de Dios no sea algo demostrable ni evidente.

Los capítulos de la obra son muy breves, pues sólo en alguna ocasión se superan las cuatro páginas, y en cada uno de ellos Francesc Torralba aborda una temática en relación con la creencia y la fe, de modo que presenta un panorama variado de las razones que se pueden dar para creer, sin dejar de lado las dificultades que la creencia pueda plantear. Cada uno de estos capítulos está encabezado por una breve cita de autores muy diversos, y en cada una de estas citas presenta el contenido que se aborda

en ese capítulo. Es justo reconocer que muchas de estas citas son en sí mismas verdaderos tesoros, dignos de aparecer en antologías respecto a la idea de Dios. Como muestra, vayan estos ejemplos: ¿Crees saber qué es Dios? ¿Crees saber cómo es Dios? No es nada de lo que te imaginas, nada de lo que abraza tu pensamiento (Agustín de Hipona); *Amigos míos, Dios me es necesario, porque es el único ser que puede amar eternamente* (Fiódor Dostoyevski); *Dios no habla, pero todo habla de Dios* (Julian Green); *El que no escucha primero a Dios no tiene nada que decir al mundo* (Hans Urs von Balthasar); *Oh, Dios mío, tu mar es tan grande y mi bote tan pequeño* (Henry David Thoreau); *Quien busca la verdad busca a Dios, aunque no lo sepa* (Edith Stein).

El autor desea clarificar que en esta obra intentará expresar razones que llevan a creer, pero sin pretender escribir una apología de la fe ni entrar en confrontaciones con quienes piensan lo contrario. Más bien, purifica el concepto de creencia y de fe, para dejar claro que creer no es saber, que no va por la línea del conocimiento ni de la razón, sino más bien por el plano de la confianza, la esperanza y la aceptación. Y que exige humildad. Estas ideas, que expresa desde el prólogo, se mantienen a lo largo de todo el libro.

En varias ocasiones afirma que creer exige un aprendizaje, pues supone el ejercicio de deshacerse de las imágenes que nos montamos acerca de Dios, llevados por la tentación ineludible de hacer de él un ídolo a nuestra imagen y semejanza. Creer supone aventurarse a vivir en la aceptación de Dios tal y como es, en su constante dinámica de revelación y ocultamiento, que exige aprender a leer sus signos.

En varios capítulos presenta a Dios como la garantía absoluta de sentido y la fuente del amor que nunca se agota, que lleva al hombre a crecer en la capacidad de perdón, de entrega, de lucha por la justicia... Creer en Dios no sólo no achica al hombre, como han esgrimido muchos pensadores de la modernidad, sino que le potencia en todas sus capacidades y le invita a crecer en la libertad, en la amplitud de miras, en el compromiso por la dignidad del ser humano.

La ciencia y la razón no son campos que se opongan necesariamente a la fe. Torralba deja claro en varios momentos que la fe no se contradice con la ciencia, sino todo lo contrario: le ofrece a la ciencia una apertura de la que está carece, para permitirle aceptar que la realidad es mucho más que aquello que podemos medir,

contar o expresar por medio de leyes. No hay contradicción sino complementariedad.

No evita en el libro abordar la temática que se le hace más complicada a la fe: el tema del mal, que aboca al sinsentido y que se presenta desde siempre como la contradicción más fuerte con la idea de un Dios bueno y poderoso. Al abordar este tema, sencillamente, respeta el misterio y deja claro que tampoco ahí hay una contradicción con la existencia de Dios, sino más bien la exigencia de una amplitud de miras, de respeto y de aceptación muy grande, tal y como la experimenta Job en el libro bíblico que aborda de modo más específico este tema.

Una obra interesante, de ágil lectura, apto para todos, pero que exige en el lector, eso sí, apertura de mente para superar encasillamientos e ideas preconcebidas, puesto que Dios se escapa, incluso, de los márgenes y los cánones que pretendamos imponerle, incluso por parte de la teología.

Esteban de Vega

Tomàs HALÍK, *Paradojas de la fe en tiempos posoptimistas*, Herder, Barcelona, 2016. 241 pp.

Todo en este libro tiene un carácter paradójico, por eso es posible escribir sobre la paradoja. Como director espiritual observa la gran contaminación del clima espiritual y moral de la sociedad. Todo influye en la visión de nuestro tiempo; estamos en la época post-optimista, optimismo es la ilusión de que todo está bien, aunque a veces es una creencia banal. Las crisis no hay que camuflarlas. En nosotros, en la Iglesia, en nuestra fe, hay muchas seguridades que deben ser crucificadas para abrir paso al resucitado. Hoy agoniza un tiempo de cristianismo, pero el misterio de Pascua sigue constituyendo el mismo núcleo. El autor presenta una espiritualidad de la paradoja, una teología de la paradoja. Los evangelios son buena noticia, anuncio de la salvación; y el relato de Pascua se puede leer de dos maneras: como drama del justo sentenciado y resucitado por Dios, o como drama en un acto en que todo ocurre simultáneamente. Hay que hacer la lectura con los ojos de la fe; comprender de qué se trata y unir este relato con el relato de la propia vida.

El autor habla convencido del Dios del que habla la escritura y la tradición cristiana, del Reino de Dios como Reino de lo imposible: imposible e inimaginable para la razón humana. Solamente la fe, la caridad

y la esperanza, el corazón de la vida cristiana, pueden abrir una posibilidad a la esperanza, como dice Pablo: Esperar contra toda esperanza.

La fe pequeña no tiene por qué ser fruto de la increencia, puede haber en ella mucha vida; pero no es una credulidad barata. La metáfora del bosque: con su pluralidad, su profundidad, la diversidad de formas de vida; requiere un camino de comprensión. La fe que pasa por el fuego de la crisis sin retroceder es la que nos va a identificar. Se trata de fe divina, no la humana que se puede perder entre las ideologías y cosmovisiones (relajación, mindfulness...) de este mundo. Lo que para los hombres es grandeza, para Él es pequeñez. Lo que para los hombres es imposible, no lo es para Dios. El grano de mostaza y la dinámica del crecimiento de lo pequeño. La fe es lo alternativo, la senda del altruismo, distinguir el conflicto espíritu/carne. Oración: *Venga a nosotros tu reino que nos haga comprender que lo que se manifiesta como imposible se hace posible.*

Una metáfora clave es la de Jesús como pan, entregado en manos de la gente. La humanidad de Cristo tiene ese carácter paradójico: a la vez desvela y oculta. El autor recuerda a Teilhard y su texto místico cuando

habló de sacramento del altar como foco ardiente de la *dynamis* divina; y lamenta el trato dado a Teilhard sin hacer caso de la profundidad de su teología y su visión de futuro. La Eucaristía abarca las tres dimensiones del tiempo: memoria (anamnesis), autodonación de Cristo en la muerte y significado de su presencia oculta ahora y aquí, promesa del banquete en el Reino futuro. Al censurar algunos movimientos efusivos, juveniles o menos juveniles, reconoce que hay que profundizar más y abrir el sentido teológico de la realidad. Lo cual incluye la aclimatación de la Liturgia de modo perseverante y sistemático. Critica la práctica empedernida de muchos tipos de piedad y anima a que se diga a la gente que Dios habita en una luz inaccesible, que el silencio acerca al misterio y que la fe es camino de respeto a este misterio. La verdad de Dios y Dios como verdad en esta vida, son siempre paradójicos; no podemos arrogarnos derechos a sujetarla y poseerla triunfalmente.

El autor hace su acto de fe en la Santísima Trinidad, y esto no es posmoderno, no flota en el aire; está hondamente enraizada en la Tradición y tiene sus ramas extendidas como un poderoso roble; es una fe normal, fe cristiana, católica. El mundo en que vivimos ofrece dos posibles interpre-

taciones: la atea y la creyente; y Dios nos da libertad de elegir. La fe es la posibilidad de reinterpretar lo que en una mirada “mundana”, superficial, se manifestó tan evidente. Sólo desde la fe y la esperanza podemos leer el relato de Jesús: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Tanto el científico como el teólogo tienen su sufrimiento. Un científico amigo del autor da conferencias a los sacerdotes y afirma que con algunos nunca llegará a entenderse. El le dice: habla claro; la ciencia no puede probar a Dios; un Dios mostrado científicamente no sería digno de nuestra fe. Pero la ciencia tampoco puede refutar a Dios. ¿Significa esto que ciencia y religión están separadas? No. Cuando los científicos levantan la cabeza de los microscopios y los teólogos de los infolios de la Escritura no les queda más remedio que tomar prestado el lenguaje de la Filosofía. La cosmovisión y el ateísmo científico fueron los tipos de religión más degradados de toda la Historia. La Teología intentó trazar un esquema rígido que hoy es inaplicable (el Tomismo); también lo es el modelo mecanicista del Universo. El Dios de la fe no pertenece a la Física: **Dios no es causa física del mundo sino el misterio de su sentido.** No se puede relacionar la

Creación (del Génesis) con el Big-Bang; pero sí tiene que haber diálogo entra la ciencia y la fe.

Decir creo en Dios creador, requiere una actitud de respeto hacia el mundo, que es un don que se nos ha confiado. Lo importante es responder desde la fe a la creación revelada por Dios. Volvemos al diálogo entre ciencia y fe: Cuando hable el Físico, el Biólogo..., el Teólogo tendrá que callar; pero si ellos hablan de propuestas de destrucción masiva, o de clonación, el Teólogo deberá recordar que la vida no es sólo un proceso biológico, sino que es un don. El Teólogo que lee la Creación (Génesis) dirá que no es una teoría física, que no hay combate entre bien y mal, sino una sinfonía inacabada. La época actual es para tender puentes para que en lugar de prejuicios y sospechas crezca el valor de la confianza.

El capítulo titulado “*La alegría de no ser Dios*”, nos lleva a la llegada de la modernidad que trae la cuestión interrogante: “Él o yo”, que adolece de la falta de un “Tú”. Dios no es una cosa lejana, sino que es la misma cercanía; Dios es luz (S. Buenaventura). La forma de hablar en el hombre es paradójica: se extiende entre el “ya” y el “todavía no”. Adán es persona colectiva, Adán y Cristo, los tipos de la

humanidad, no sólo como dos individuos humanos. Dios tiene su historia con cada persona, sea atea o creyente; y cada cual, creyente o ateo, tiene su historia con Dios. Aunque no sabemos quién es Dios, mi fe, esperanza y amor me aseguran que Dios es, y eso cambia esencialmente mi concepción del mundo; y Dios habla a través de nuestra vida con una condición: que nos bajemos del *trono divino*, ocupado involuntariamente; no vale el engreimiento, los dioses de la tierra, que nos lleva al imperio de los sentimientos cósmicos y olvidamos la responsabilidad que cada uno de nosotros tiene.

Hay personas que realizan el viaje de ida y vuelta, del cristianismo a las religiones orientales y luego vuelven a descubrir de modo un poco más profundo el contenido de la fe y que Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre. No son rupturas conscientes sino búsqueda de algo que rompa la monotonía de su propia fe. Lo cierto es que el cristianismo después de la Ilustración tomó la forma de religión de la modernidad y no la de *fe, esperanza y caridad*; y esto es lo que le trajo la crisis. Ha habido un cambio en lo sustancial, incluida la realidad Dios como algo sobrenatural (alusión al conejo violinista) olvidando que Dios es relación, actividad, en-

tendido más como verbo que como sustantivo ('actus purus' de S. Tomás). La religión no son unos contenidos; pero donde no hay cultura religiosa surgen muchos fenómenos de endiosamiento secular. En la religiosidad checa, perseguida, no se ve mucho optimismo de futuro, pues no se insiste en la fe y en la cultura religiosa. El tesoro de la fe lo llevamos en vasijas de barro (Pablo) y la Iglesia avanza en la Historia basada en la fuerza divina que es decisiva y que cuenta con la fragilidad humana para manifestarse en ella.

La expresión "*Dios sabrá por qué*" da lugar a una reflexión: estamos en el paganismo, es decir en la atribución a personas de cosas que son atributos divinos. Dios sabrá por qué es una confesión oculta de fe en el sentido bíblico de la expresión, la usamos ante hechos que podrían aplastarnos por su absurdidad; ha quedado como expresión de la fe del carbonero, pero la Ilustración dio privilegio a la razón; pasó del *intellectus* a la *ratio* como poderoso instrumento para alcanzar el éxito. Estamos en una época de *narcisismo* o *selfismo*; palabras nuevas para conceptos viejos; San Agustín habló del *amor desordenado a sí mismo*.

En medio de las vicisitudes de la vida siempre queda la posibilidad del cre-

yente en ese Dios en quien confiar por ser misericordioso, clemente y compasivo, al cual se abre el corazón y al que se dirige la oración. El autor llega a una conclusión sobre todos los argumentos que se pueden dar y que quedan superados por el de la propia vida. Ésta tiene muchos aspectos de *via crucis*, el cual termina cuando el cuerpo muerto es depositado en el regazo de su madre y en el seno de la tierra. María creyó que para Dios no hay nada imposible. El *via crucis* debe llevar una estación más, la de la resurrección, no es una más; en ella podemos entrar en modo de esperanza: esta es la contagiosa fuerza de la narración de la Pascua que nos mueve a llevar ese mensaje de un modo verosímil; entonces, la violencia no tendrá la última palabra.

El autor ve en Kierkegaard el primer profeta de la fe como valentía de vivir en la paradoja. Si la Iglesia es una comunidad, el cristianismo no es un asunto privado, y la Iglesia será una comunidad de "quebrantados" (o perturbados): el grupo de los que comparten masivamente una tradición aceptada y no problematizada. La estructura que encontramos comienza por la confianza de los discípulos en Jesús, sigue el drama de la pasión, la tristeza y desesperanza; y llega el segundo cambio, el camino

a Emaús. Se afirma la pérdida de la fe de origen y hay que tomar un segundo aliento e ir hacia lo profundo. La esencia de la conversión es un giro que permite *ver, entender y vivir* de un modo nuevo. Quizá venga un tiempo sagrado que recupere, por ejemplo, el Viernes Santo, la pasión aclamada; pero sin perder a nuestro “niño en nosotros”. Nietzsche fue el primero que vio la problemática telaraña de la razón y comprendió que cada acto de conocimiento está limitado por la perspectiva del conocedor y que cada mirada y cada percepción, son ya en sí mismas interpretación.

Dios está presente en el mundo en los actos de la fe, el amor y la esperanza de los creyentes, no como una entidad que sea posible aprehender. **Dios es el misterio profundo de la realidad.** Esperamos que crezca el cristianismo del segundo aliento: la fe, la esperanza y la caridad. Nos encontramos en ese umbral, pero será necesaria la esperanza.

José M^a Martínez

CATEQUESIS Y PASTORAL

José Luis MORAL, *Pastorale giovanile. Sfida cruciale per la prassi cristiana*, Elledici, Torino 2018, 309 pp.

Este es un libro, como dice su autor en la introducción, “de parte” y “de denuncia”, porque la reflexión sobre los *jóvenes* y sobre la *pastoral juvenil* nos obliga a tener estas dos actitudes esenciales.

Tratándose de los jóvenes, *un libro de parte*: desde el inicio quiere explicitar la simpatía por las nuevas generaciones que inspira cada página del mismo, buscando desenmascarar las imágenes desviantes que difunde de ellos una visión social (¡y eclesial!) estereotipada, más que ayudar a comprender verdaderamente la vida de las chicas y chicos.

Y ocupándose de pastoral juvenil, *un libro de denuncia*: la identidad de esta joven disciplina nacida y crecida a la sombra de la catequética, de hecho, corre ahora el riesgo de disolverse, de desaparecer (¡pueda este trabajo provocar -o contener entre los pliegues de la denuncia- al menos un pellizco de profecía!).

Más allá de todo esto, seguramente la pastoral juvenil constituye *un desafío crucial para la praxis cristiana*, si no el desafío por antonomasia, el *punctum dolens* más delicado (o uno de los más) y decisivo para la Iglesia. Estando así las cosas, la argumentación del libro se mueve tanto en la dirección

de la identidad interdisciplinar de la pastoral juvenil, como en el respeto a su metodología concreta, que consiste en el análisis de la praxis y en la reconstrucción hermenéutica de la educación de la fe.

La obra consta de diez capítulos que se distribuyen en cuatro partes: 1/ *Premisa*: Jóvenes y pastoral juvenil (pp.11-70); 2/ *Situación*: Honestos con la realidad (71-108); 3/ *Interpretación*: El estilo de vida de Jesús de Nazaret (109-206); 4/ *Acción*: Educación y vocación, libertad y autenticidad (207-303).

José Luis Moral de la Parte (Herrera de Pisuerga, Palencia, 1953) fue director del Instituto Superior de Teología “Don Bosco” de Madrid y de la revista de pastoral juvenil “Misión Joven”. En la actualidad es catedrático de Pedagogía religiosa en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma. Con la Elledici ha publicado: *Giovani senza fede?* (2007), *Giovani, fede e comunicazione* (2008), *Giovani e Chiesa* (2010). Algunas de sus últimas publicaciones: *Ricostruire l'umanità della religione* (Roma 2014), *L'incontro con Gesù di Nazaret* (Roma 2016) y *Cittadini nella Chiesa, cristiani nel mondo* (Roma 2017).

No cabe duda que José Luis Moral ha reconstruido, no solo con esta obra, sino con toda su producción (especialmente sus últimas monografías) un tratado completo de Pastoral Juvenil y que en su reflexión y género pueda ser considerado uno de los referentes más preclaros de la Pastoral Juvenil en la Iglesia actual.

Crítico, a veces hasta la mordacidad, como cuando insinúa y critica la “estrategia de la sospecha” y la pastoral juvenil considerada como “evangelización explícita (p. 7), sus análisis son profundos, exhaustivos y bien estructurados, desde una perspectiva interdisciplinar en la que entran (teología dogmática, teología fundamental, pastoral juvenil, epistemología...). A la vez que crítico/profético/suggerente, esta obra está atravesada toda ella por un fondo que me atrevo a denominar poético en el que nos presenta rasgos muy persuasivos sea de la pastoral como de la Iglesia. Así, por ejemplo, nos habla de que “los jóvenes son el mejor indicador para comprender las dificultades educativas y las fatigas comunicativas de las comunidades cristianas; de otra parte, las nuevas generaciones son el recurso fundamental para la reforma del ‘sistema educativo’ y del ‘sistema comunitario’ de la Iglesia” (9). O

que esta Iglesia nuestra debe transformarse con los jóvenes de “Iglesia museo” en “Iglesia laboratorio” (cf. p. 189), en la que “la fe se juega junto al empeño por transformar la vida, el mundo. Un laboratorio, por consiguiente, para abrir caminos al Reino de Dios sin limitarse a conjugar siempre el verbo conservar (conservar el depósito de la fe, conservar la tradición, ‘conservar la gracia’, conservar la vocación...), sino combinando expresiones como búsqueda creativa, audacia, hacer experiencia, arriesgar, etc.” (190).

Para ello los jóvenes deberían “1/ sentir que la comunidad eclesial, por un lado, reconoce su derecho a ser ‘diversamente creyentes’; por otro, que es sensible y aprecia su código ético, más unido a la vida que a las normas, a los valores que a la ley; [Y la Iglesia, por su parte] 2/ Recuperar la utopía y la profecía cristianas del Evangelio del Reino” (191).

Se debería además retomar el “profetismo de la denuncia” (I. Ella-curía), que lleve a las comunidades eclesiales, “concentradas casi exclusivamente en el culto y la catequesis a comunidades abiertas ‘comunidad-laboratorio-oratorio’ dedicadas a abrir de par en par el corazón al Reino de Dios en medio de los pro-

blemas, las luchas y los sufrimientos que se viven, que los jóvenes viven, en el mundo de hoy” (203), pues “el dato principal que se aprende de Jesús en los evangelios no es una doctrina, sino un estilo de vida, una forma de habitar el mundo, de interpretarlo y de construirlo” (204).

La Iglesia no debería ser solo una “comunidad real de comunicación” (K.O. Apel), en referencia a la “comunidad ideal de comunicación” (Reino), sino también una “comunidad de práctica” que “facilita a los nuevos el acceso a la competencia y promueve una experiencia personal de interés a través de la cual incorporar la competencia en una identidad de participación” (194).

Navegamos en un mar de complejidad (E. Morin) y es imprescindible que la Pastoral Juvenil, como ya insinuábamos anteriormente, se configure conforme a una mentalidad y a un método hermenéuticos e interpretativos para dar cumplida cuenta de la situación contemporánea (cf. 110) y según una estructura interdisciplinar donde las diversas disciplinas se confrontan, dialogan sobre una única cuestión central, es decir, el anuncio cristiano a los jóvenes (cf. 112). Por consiguiente, “parece fuera de duda que la epistemología o, más

sencillamente, el método de la pastoral juvenil deba girar en torno a la hermenéutica y a la praxis; es decir, podemos denominarlo ‘praxis hermenéutica’” (113).

José Luis Guzón

Juan Pablo GARCÍA MAESTRO,
La opción misionera renovará la Iglesia, San Pablo, Madrid 2018,
224 pp.

Sobre la misión se ha escrito mucho y hay que discernir para encontrar novedad en quienes tratan el tema. La presente obra cautiva porque asume la misión desde las coordenadas actuales del Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* y otros escritos con la riqueza acumulada desde el Vaticano II y *Evangelii Nuntiandi* como fuentes primarias y los aportes posteriores de Juan Pablo II y Benedicto XVI. A ello añade la perspectiva latinoamericana desde Medellín, Puebla, y sobre todo Aparecida de la que el Papa Bergoglio formó parte relevante. Otro elemento digno de mención es el lenguaje sencillo y pedagógico, lo que convierte a esta obra en una buena síntesis de la opción misionera para quienes buscan luces e impulso a una acción misionera capaz de transformarlo todo. En casi todos los capítulos añade el autor el aporte de

otros pensadores, la experiencia pastoral personal y apuntes críticos que insinúan nuevos campos a desbrozar con creatividad y coraje.

El libro consta de nueve capítulos. En el primero, la acción evangelizadora de la Iglesia recorre el desarrollo de la evangelización y misión en este último medio siglo, preguntándose por la evaluación y los retos en la sociedad actual marcada por nuevos signos, positivos unos y negativos otros, que ponen acentos en los nuevos areópagos de un mundo cada vez más secular. En el segundo, la Biblia, fundamento de toda acción evangelizadora, insiste en los aportes a la pastoral bíblica un tanto opacada en el mundo católico anterior al Vaticano II y los avances a partir de la *Dei Verbum* del Concilio de la *Verbum Domini* (2008), y el reto de la lectio divina como método para conocer la palabra viva y eficaz de Dios.

El tercer capítulo, el modelo evangelizador propuesto por la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* se me antoja uno de los más sugerentes. Pues desentraña el pensamiento del Papa Francisco desde sus raíces culturales y religiosas, en los que se entremezclan su cultura integral latinoamericana y la formación sacerdotal y jesuítica que lo convierte en

el primer papa postconciliar que no participó en las discusiones y decisiones del Vaticano II. El mismo papa nos confesó recientemente en la visita “ad limina” que su exhortación no es sino una síntesis de EN de Pablo VI y de Aparecida.

El cuarto capítulo, parroquia y evangelización, es uno de los que hay que releer más de una vez, pues a la vez que se afirma la importancia de la misma, se constata la necesidad de una renovación más profunda. Enriquece este apartado con las sugerencias del teólogo canadiense James Mallon. El quinto capítulo, la fuerza evangelizadora de la religiosidad popular, es a mi gusto, uno de los que hay que releer con pasión. La consideración de la religiosidad popular como lugar teológico y el seguimiento de Jesucristo como punto de partida, le confiere al tema una centralidad que todavía no ha calado en la mayoría de nosotros. No es una forma de ser creyente de segunda. “La religiosidad y la fe de los sencillos es algo que la teología y la praxis pastoral no deben despreciar”, al contrario hay que valorarla y potenciarla.

El sexto capítulo, liturgia y evangelización, es también rico en situar la liturgia más allá de un rito como la comprensión de la misma como his-

toria de la salvación que se actualiza cuando se celebra cada sacramento. Es escuela de fe y de oración abiertas a la vida cotidiana. El autor se pasea por algunos elementos para celebrar mejor la eucaristía dominical en la perspectiva de la “escasez del tiempo lento”. El capítulo séptimo le mete el diente al tema de la evangelización y catequesis. Luego de unas reflexiones previas acerca del ser catequista, entresaca de varios textos de EG su referencia a la catequesis situándola en el crecimiento de la fe y concluye con algunas propuestas sobre qué tenemos que hacer. Creer es comprometerse, transmitir buenas noticias sobre Dios, preparar a las nuevas generaciones, estar al día en la doctrina social de la Iglesia, animar a las nuevas generaciones a ser sensibles al ecumenismo y diálogo interreligioso, y a ser auténticos maestros de oración.

El octavo y penúltimo capítulo está dedicado a la nueva evangelización de lo social. Pone un primer acento en algunas interpretaciones que pretenden disociar promoción humana y evangelización. Pasa luego a examinar la evangelización en una sociedad secularizada y plural tomando en cuenta el protagonismo de la realidad en los escenarios cultural, social, económico y político. E insiste en la fundamentación bíblica y teológica del

compromiso social, concluyendo que uno de los retos principales de hoy es el de la evangelización y la promoción de la justicia. El último capítulo, el noveno, está dedicado a la familia, primera mensajera del Evangelio. La exhortación *Amoris laetitia* le da pie para asumir la realidad y las situaciones conflictivas que requieren de una pastoral de la misericordia.

Como lo señala en la conclusión estamos llamados a recuperar la frescura y la alegría y el coraje de los primeros cristianos, incansables en el anuncio y capaces de una gran resistencia activa. Bien vale la pena leer este libro y compartirlo críticamente con los grupos de cada una de nuestras comunidades, comenzando por los agentes pastorales, quizás los más necesitados de conversión a una más auténtica opción misionera.

+Baltazar Card. Porrás Cardozo

Desde los días de celebración del Concilio Vaticano II, del postconcilio, e incluso algunos años antes del gran acontecimiento conciliar, se viene hablando de la necesidad de ir hacia una Iglesia evangelizada y evangelizadora, de hacer el tránsito de la cristiandad a la misión, del mantenimiento y conservación a una Iglesia más presente en el mundo,

en “salida” dirá actualmente el papa Francisco.

Este deseo de cambio no es generalizado. Muchos cristianos no saben lo que hay que hacer ni cómo hacerlo; otros sabiendo lo que hay que hacer no aciertan con el cómo hacerlo; algunos, pocos, saben lo que hay que hacer y se afanan por hallar el cómo hacerlo. En este último grupo se sitúa Juan Pablo García Maestro, excelente compañero y fiel amigo, quien en sintonía con su segundo apellido, se nos manifiesta como un magnífico experto en cuestiones relacionadas con la evangelización y la misión, en su libro “La opción misionera renueva la Iglesia”, convencido desde el título del libro que solo la opción misionera puede realizar el cambio del modelo eclesial.

La obra tiene nueve capítulos precedidos de prólogo e introducción. En los tres primeros capítulos se define con claridad y precisión teológicas que es evangelizar, apoyándose en la Biblia y en el Magisterio, sobre todo del papa Francisco. En los seis capítulos siguientes, el autor pone de manifiesto su sabiduría pastoral, contrastada con su experiencia de profesor en la Universidad Pontificia de Salamanca, en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y como miem-

bro de la Asociación de Teólogos Católicos de Europa. Si en los tres primeros capítulos se trata del quehacer evangelizador, en los seis restantes se expone el cómo evangelizar, para dar el tránsito deseado de la cristiandad a la misión, es decir, cómo arribar a parroquias, evangelizadas y evangelizadoras, cómo evangelizar desde la religiosidad popular, desde la liturgia, la catequesis, a una sociedad secularizada y plural y, por último, desde la familia en medio de la problemática familiar actual.

Estoy seguro que esta publicación será acogida con gran interés por tantos responsables de pastoral preocupados por dar respuesta a un tema de tanta trascendencia como es el de la evangelización, para hacer el anhelado tránsito eclesial.

Por mi parte he decidido utilizar como libro-guía esta publicación de Juan Pablo, para el estudio y la reflexión de las comunidades cristianas de la parroquia donde realizo el servicio de párroco. Felicito a Juan Pablo y quedo a la espera de su próxima publicación.

Manuel González Muñana

BIBLIA

ÁLVAREZ VALDÉS, A., *La resurrección de Jesús*, Ed. Nueva Utopía, Madrid 2018, 82 pp.

El teólogo y biblista argentino Ariel Álvarez Valdés, Licenciado en Teología Bíblica por la Facultad Bíblica Franciscana de Jerusalén y Doctor en Teología Bíblica por la Universidad Pontificia de Salamanca, se propone en este nuevo libro iluminar el misterio de la resurrección de Jesús de Nazaret, que es el tema central de la fe cristiana. Ya lo decía san Pablo cuando escribiendo a los corintios que habían puesto en duda esa verdad capital, les advertía: “*Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, y vana es también vuestra fe*” (1 Cor 15, 14). Estas palabras revelan la importancia y la trascendencia que tiene, para el creyente, esta cuestión fundamental.

Sin embargo, una cosa es el “**hecho**” de la resurrección, y otra es el “**cómo**” de la resurrección. Mientras el “**hecho**” es una verdad incuestionable, el “**cómo**” puede ser cuestionado, reexaminado e incluso replanteado. Álvarez Valdés demuestra, con gran conocimiento, cómo en los últimos años, los estudiosos de la Biblia lo han

intentado releer desde una nueva perspectiva exegética.

Entre los especialistas, es muy variada la comprensión de cómo sucedieron los hechos que tienen que ver con la resurrección de Jesús. Por un lado, algunos piensan que las apariciones sucedieron tal como las relatan los evangelios, y que fueron constatadas empíricamente por los discípulos, de manera que, si alguien hubiera estado en el lugar de los hechos con una cámara fotográfica o una filmadora, habría podido registrarlas.

Pero, por otro lado, cada vez son más los exegetas, de distintas tendencias y confesiones, que afirman desde hace décadas que los relatos de los evangelios sobre las apariciones de Jesús resucitado no presentan una descripción de los hechos sucedido tal y como se cuentan, y que lo verdaderamente importante de esas narraciones es la experiencia que vivieron aquellos primeros testigos. Los que niegan el carácter histórico de las apariciones, suelen rechazar también la historicidad de la tumba vacía, así como el episodio de la ascensión o la subida física de Jesús a los cielos, mientras que los que defienden las apariciones, sostienen que la tumba vacía y la “exaltación a la derecha de Dios” son también

datos literales e irrenunciables de la fe, consecuencia de la vuelta física de Jesús de Nazaret.

El autor intenta ofrecer, a lo largo de **cinco capítulos** una posible reconstrucción de los acontecimientos que vivieron los discípulos tras la muerte del Mesías, y mostrar cuál fue el proceso interior y exterior que ellos experimentaron, para resaltar cómo aquella vivencia fue evolucionando, primero en su expresión oral, y luego en su escritura, hasta llegar a formar los relatos que hoy tenemos. Tomando como base los textos evangélicos, según los resultados de la crítica histórica, se presenta una exégesis que, de acuerdo con la nueva mirada de la teología bíblica, resulta más acorde con el trasfondo histórico que llevó a los discípulos a su experiencia de fe, y más tarde a la elaboración de las tradiciones, que finalmente fueron recogidas en los cuatro evangelios.

A juicio de Álvaro Valdés, este esfuerzo por ensayar una reconstrucción histórica de los hechos en torno a la resurrección de Jesús puede aportar un doble beneficio al creyente moderno. Por un lado, permite purificar su fe, librándola de los elementos accesorios y secundarios que la

hacen más farragosa, y centrándola en aquello que es verdaderamente central en este tema. Por otro lado, permite que esa misma fe se vuelva más comprensible y lógica, mostrando que las experiencias de aquellos protagonistas no estuvieron en un plano inaccesible a la razón de los creyentes modernos (p. 11).

¿Resucitó Jesús al tercer día? A esta cuestión pretende responder el autor en **el primer capítulo** del libro. Los evangelios sólo dicen que el domingo de Pascua un grupo de mujeres descubrió que el sepulcro estaba vacío, pero no dicen en qué momento se produjo la resurrección. Hoy la teología enseña que la resurrección de Jesús debe entenderse como un acontecimiento que sucedió en el mismo momento de su muerte. Que no hubo un lapso entre su fallecimiento y su entrada en la vida eterna. Pero los primeros cristianos no lo entendieron así. Para ellos eran dos hechos misteriosos y cronológicamente distintos. Por eso, después de su muerte trataron de determinar cuándo se había producido la resurrección de Jesús. Y la respuesta que dieron fue: “al tercer día”.

Aquí no está en datar de un día fijo del hecho de la resurrección, sino

en el cambio de vida que supuso ese evento que no es histórico, pero que ha incidido en la historia y en personas concretas. “Afirmar que Jesús resucitó al tercer día no significa creer en una fecha, sino en un nuevo estilo de vida, en el que dejamos de vivir como cadáveres; en el que no permitimos que ningún proceso de corrupción se introduzca en nosotros. Porque la única forma de probar que Jesús está vivo, es mostrando que sus seguidores lo están” (p. 26).

En el **segundo capítulo** pretende responder a la siguiente cuestión: ¿La tumba de Jesús estaba vacía? Aquí el autor recuerda la película “El cuerpo” que se estrenó en el año 2001. En ella el actor español Antonio Banderas interpreta a un jesuita enviado a Jerusalén por el Vaticano, para investigar el descubrimiento de una tumba con los restos de un hombre crucificado. Todo parece indicar que se trata del cadáver de Jesús de Nazaret. La conmoción de la noticia es tal, que un sacerdote dominico enloquece y se suicida, pues semejante hallazgo significaría que Jesús no ha resucitado, y por lo tanto que la fe es un fraude.

Imaginemos por un momento que la historia de esta película es cierta,

y que en alguna excavación realizada en Jerusalén se descubren los huesos de Jesús. ¿Ello implicaría negar la resurrección? Muchos piensan que sí, porque los Evangelios afirman que el domingo de Pascua los discípulos descubrieron su tumba vacía, y por eso creyeron que había resucitado. Hallar ahora sus restos significaría que todo fue un engaño o una ilusión.

¿Es así como hay que entender la resurrección de Jesús?

La tumba vacía no fue importante para los primeros cristianos. Una tumba vacía, por sí sola, no decía nada. Sólo produce desorientación. Los mismos evangelios lo afirman. Así tenemos que las mujeres que hallaron el sepulcro vacío “no sabían qué pensar” (Lc 24, 4); que Pedro “se volvió a su casa asombrado” (Lc 24, 12); y que María Magdalena pensó que habían robado el cadáver (Jn 20, 2). Tampoco vemos que los discípulos lleven jamás a nadie a visitar la tumba vacía, ni para fortalecer su fe, ni para convencer a los incrédulos.

La tumba vacía no fue la razón por la que los discípulos creyeron que Jesús había vuelto a la vida. Si ellos creyeron, fue debido a una revelación interior, que luego aceptaron mediante la fe. Los primeros cristianos no dijeron

que Jesús había resucitado porque hallaron la tumba vacía, sino que dijeron que la tumba estaba vacía para decir que Jesús había resucitado (p. 35).

La resurrección de Jesús no fue la reanimación de un cadáver, como creen algunos, ni el regreso físico de Jesús a su vida biológica anterior, sino su ingreso a otro mundo. Fue el paso de la tumba a la vida eterna.

El autor cita el libro de *Introducción al cristianismo* de J. Ratzinger, en el que afirma: “Cristo, por su resurrección, no volvió otra vez a su vida terrena anterior, como el hijo de la viuda de Naím, o Lázaro. Cristo ha resucitado a la vida definitiva, a la vida que no cae dentro de las leyes químicas y biológicas”.

Por mi parte, deseo añadir que Benedicto XVI en su obra *Jesús de Nazaret* (II volumen), siguiendo las tesis de Thomas Söding y Ulrich Wilckens, sostiene que en la Jerusalén de entonces *el anuncio de la resurrección habría sido imposible si se hubiera podido hacer referencia al cadáver que permanece en el sepulcro*. Si bien el sepulcro vacío no puede probar la resurrección, sigue siendo un presupuesto necesario para la fe en la resurrección, puesto que la resurrección se refiere al cuerpo y,

por él, a la persona en su totalidad. La expresión que aparece en el libro de Los Hechos de los Apóstoles 2, 29: “*no dejarás a tu fiel conocer la corrupción*”, esta es precisamente la definición de resurrección. Para la Iglesia antigua era fundamental que el cuerpo de Jesús no hubiera sufrido la corrupción. Sólo en ese caso estaba claro que no había quedado en la muerte. Que Él en la vida había vencido efectivamente la muerte. Un anuncio de la resurrección habría sido imposible si el cuerpo de Jesús hubiera permanecido en el sepulcro.

Pero la mayoría de los teólogos y exégetas contemporáneos consideran irrelevante desde el punto de vista histórico la cuestión del sepulcro vacío. Cuando se dice que el sepulcro vacío sigue siendo de todos modos una premisa necesaria para la fe en la resurrección, se sitúa en el plano de la Fe y no de la historia.

La conclusión es que no hay ninguna prueba de la resurrección. Se trata de comprender más a fondo que no puede haber pruebas, **porque si existieran se trataría de un evento histórico, no escatológico**, y la resurrección dejaría de ser lo que es para convertirse en una de las varias reanimaciones de cadáveres conocidas en el mundo antiguo

(comprendidas las tres atribuidas a Jesús) (Víctor Mancuso).

El cristiano es aquel que cree que Cristo resucitó. La resurrección se afirma también como evento histórico. La paradoja es total: “*La resurrección es un evento sucedido en la historia, y sin embargo, sólo se puede conocer mediante la fe*” (B. Sesboué).

En el **tercer capítulo**, el autor analiza minuciosamente la cuestión de quiénes descubrieron la tumba vacía. Los cuatro evangelistas afirman que fueron unas mujeres las primeras en descubrir la tumba vacía de Jesús. Teniendo en cuenta que en aquel tiempo las mujeres no eran consideradas testigos muy fieles, este dato debe tener un fuerte fundamento histórico. Sin embargo, cada evangelista trae una versión diferente de los hechos.

Pero lo grande e importante para nuestros tiempos es que en una época en que la mujer no era valorada, los cuatro evangelistas coinciden en que fueran mujeres las primeras en recibir el encargo de proclamar la noticia de la resurrección. Gracias a ellas hoy los cristianos creemos en la resurrección del Señor. Es la tarea que el mundo espera de la Iglesia: que sea creíble, auténtica y veraz (p. 54).

Los dos últimos capítulos del libro están centrados en una reflexión sobre **las apariciones** de Jesús Resucitado y en el misterio de **la Ascensión** de Jesús a los cielos.

En cuanto a las apariciones, Álvarez Valdés afirma con claridad que Jesús resucitado no se le apareció nunca a nadie. La última vez que alguien lo vio fue en la cruz, y el día de su entierro. Un muerto que ha resucitado entra en una dimensión trascendente, que tiene que ver con el más allá, con la otra vida, imposible captar con nuestros sentidos. Si alguien lo hubiera visto, hoy tendríamos pruebas de la resurrección (p. 57).

Los primeros cristianos salieron a predicar que “creían” que Jesús había resucitado (Rm 10, 9; 1 Pe 1, 21; Hch 15, 11), no que tenían evidencias de su resurrección. Y creer es aceptar algo sin haberlo visto (Hb 11, 1). Por lo tanto, en la resurrección se cree o no se cree, pero no se la puede comprobar con nuestros ojos.

Ya el doctor de la Iglesia Tomás de Aquino, en el siglo XIII, afirmaba en su famosa Suma Teológica que los apóstoles vieron a Cristo Resucitado “*oculata fide*” (3, q.55, a. 2), es decir “**con los ojos de la fe**”, no con los ojos del cuerpo (p. 58).

Si las apariciones ocurrieron durante un tiempo indeterminado, ¿cuándo se había producido entonces la subida de Jesús al cielo?

Un análisis atento del Nuevo Testamento nos lleva a responder lo siguiente: la ascensión a los cielos no fue un hecho histórico, físico, material, que sucedió a los cuarenta días de su resurrección y que fue presenciado por sus discípulos, como puedo hacernos pensar una lectura literal del libro de Los Hechos de los Apóstoles. La exégesis actual sostiene más bien que su subida al cielo es una realidad de fe, que tuvo lugar el mismo día que resucitó, es decir, el día de Pascua (p. 76).

El evangelista Lucas escribe el libro de los Hechos de los Apóstoles diez años después del Evangelio, y escribe que la ascensión sucedió a los cuarenta días después de la resurrección, cuando en su Evangelio deja claro que la ascensión fue el domingo de Pascua (cfr. Lc 24, 3-51). Incluso cuando Jesús se encuentra con los discípulos de Emaús, les dice que él ya ha entrado “en la gloria” (Lc 24, 26), es decir, que ya ha ascendido a los cielos.

Si Lucas afirma que la ascensión sucedió a los cuarenta días fue para

resolver un grave problema que se había suscitado entre los primeros cristianos.

Cuando los primeros cristianos comenzaron hablar de apariciones y de las experiencias que tenían de Jesús resucitado, muchos pensaron que él había regresado definitivamente a la tierra, como lo había prometido Jesús mismo: “Me voy, pero volveré a veros, y vosotros os llenaréis de alegría” (Jn 16, 22).

Al difundirse la noticia de que estaba otra vez vivo y actuando en el mundo, muchos creyeron que Jesús tenía que trabajar por ellos, y así dedicarse a no hacer nada. Esta idea paralizó la actividad de algunos creyentes de tal manera que muchos ya no querían salir a predicar, ni a evangelizar, ni trabajar... (como leemos en 2 Tes 3, 10-12).

Lucas sin negar las experiencias, comprendió los peligros que resultaba la idea de un Jesús apareciéndose por todas partes, decidió contar que Jesús estuvo apareciéndose a los apóstoles durante un tiempo, pero que ese tiempo se acabó. Ahora somos nosotros los que tenemos que salir a trabajar en lugar de él.

Se emplea el símbolo de cuarenta días, para indicarnos que con la ascensión se terminaba un ciclo (el de la misión en la tierra) y comenzaba otro (el del trabajo de los apóstoles en el mundo) (p. 80).

Galileos, ¿qué hacen aquí mirando al cielo? (Hch 1, 11). Para Lucas, Jesús desapareció para que pudiera aparecer la Iglesia, y los creyentes se dedicaran a proteger a los pobres, a luchar por la justicia....Ahora es nuestro tiempo. Porque si algún día Jesús vuelve, será sólo para ver qué es lo que hemos hecho nosotros (p. 82).

Juan Pablo García Maestro

IGLESIA

PAPA FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate. Alegraos y regocijaos. Sobre la llama a la santidad en el mundo actual*, Ed. Palabra, Madrid 2018, 128 pp.

El 19 de marzo de 2018, en la fiesta de san José, salía a la luz la tercera exhortación apostólica del papa Francisco con el título “*Gaudete et exsultate*”(GE) (Alegraos y regocijaos), expresión que está tomada del texto bíblico de Mateo 5, 12, del pasaje de las Bienaventuranzas, en concreto

de la última bienaventuranza: “bienaventurados cuando os persigan y os insulten por mi causa, alegraos y regocijaos”.

Las tres exhortaciones apostólicas llevan la palabra latina “*gaudium*” (alegría): “La alegría de evangelizar” (*Evangelii gaudium*); “La alegría del amor” (*Amoris laetitia*); y “La alegría de ser santos” (*Gaudete et exsultate*).

El papa Francisco quiere ponernos a todos los cristianos, a toda la Iglesia universal en estos momentos de la historia, tras las huellas de san Francisco de Asís, el hombre de la paz, de la alegría, del respeto de la creación y de toda persona humana. Y quiere situar a los cristianos en la “**autopista**” de la alegría porque “un santo triste es un triste santo”.

Ante una sociedad secularizada en la que vivimos, en donde los cristianos se sienten en minorías, Francisco se propone ayudarnos a no perder la alegría, el gozo y la paz de la fe. Además, él está convencido que la alegría de la santidad es posible. Porque con una moral baja y sin la alegría de la fe, poco podemos ofrecer a un mundo que, a pesar de la descristianización ambiental, manifiesta un deseo de búsqueda y una auténtica hambre espiritual.

La exhortación GE se compone de **cinco capítulos**. El punto de partida es “la llamada a la santidad dirigida a todos”. Descubrimos lo que es la santidad para el Papa Francisco. ¿Dónde la ve él vivida? ¿En qué formas y contextos? ¿Cómo se la puede definir?

En el segundo capítulo habla de dos sutiles enemigos que tienden a disolver la santidad en formas elitistas, intelectuales o voluntaristas, es decir **el gnosticismo y el pelagianismo**.

En el tercer capítulo toma las bienaventuranzas evangélicas como modelo positivo de una santidad que consiste en seguir el camino a la luz del Maestro y no una vaga ideología religiosa. Cierra este capítulo con un análisis del texto de Mateo 25, 31-46, que él llama el **Gran protocolo** del juicio final.

En el cuarto capítulo se describen “algunas notas de la santidad en el mundo actual: la paciencia y mansedumbre, humor, audacia y fervor; vida comunitaria y oración orante.

La exhortación concluye con un quinto capítulo dedicado a **la vida espiritual** como “**combate, vigilancia y discernimiento**”.

Porque la vida cristiana es un combate permanente. Se requiere fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida” (GE 158).

La exhortación “Alegraos y regocijaos” tiene un contexto

De esta exhortación hay que decir que todo texto tiene un contexto. Tras un análisis de la exhortación podemos descubrir tres contextos prevalentes:

- a) Esta exhortación forma parte y está dentro de *la reforma eclesial y eclesialística* que desea el papa Francisco. Creemos que él pasará a la historia por ser el pontificado de la reforma. En primer lugar, eclesialística, singularmente de la curia romana, esta reforma es irreversible.

Però la reforma de Bergoglio no es sólo eclesialística (es decir de las estructuras e instituciones de la Iglesia), sino también eclesial, es decir, de la forma de vida de todo el pueblo de Dios.

Ahora bien, todas las auténticas reformas, sobre todo eclesiales han venido precedidas, acompañadas y continuadas por una **reforma espiritual**. También hoy. Por eso la exhortación GE es una pieza necesaria en el proyecto de reforma del papa Francisco. La reforma interna y el cristianismo podrá ofrecer algo o una alternativa a este mundo secularizado si acepta asumir el reto de la santidad.

- b) El segundo contexto prevalente que hay que encuadrar a la exhortación GE es la actualización de un aspecto importante que nos recordó el Concilio Vaticano II: “*La llamada de todos a la santidad*”. Esta exhortación hay que leerla a la luz de la Constitución Lumen Gentium (LG), en concreto el capítulo V: “Existe un derecho (y el deber) de todo cristiano a la santidad. Esa santidad es la misma para todos los cristianos, ya que consiste en la realización de la caridad” (LG 41).

La exhortación GE se mueve dentro de estas dos coordenadas: la santidad es una llamada para todo cristiano; por otra parte, el contenido de la perfección cristiana se halla en el Evangelio y es igual para todos.

- c) Finalmente, el tercer contexto prevalente de GE es tener en cuenta la nueva situación cultural del mundo de hoy. Teniendo en cuenta la situación social y las condiciones culturales de los cristianos de hoy. De ahí que el texto pontificio tenga en cuenta la peculiaridad de la cultura actual, con sus inconvenientes (rapidez, superficialidad...), pero también con sus ventajas (aprecio de toda persona, valoración del sentimiento...). También disponemos de medios en la red, para difundir la espiritualidad.

Los santos “de la puerta de al lado”

La originalidad de GE no está tanto en la **afirmación**, porque esto ya nos lo recordó el Vaticano II, cuanto en la **forma** de expresar la afirmación. Y para justificar esta afirmación el

Papa Francisco no acude al rico argumento de libros de espiritualidad o de manuales de Teología Espiritual. Sigue otro camino: “el que fue utilizado por el autor de la carta a los Hebreos y que consiste en mirar a “*la nube ingente de testigos*” (Hb 12, 1) que tenemos a nuestro lado. Y entre ellos puede estar nuestra propia madre, una abuela u otras personas cercanas (cfr. GE, n° 3). Para Francisco su abuela Rosa fue muy importante en el marco de la fe, y un modelo de mujer santa. **Son los santos de la puerta de al lado** (cfr. GE, nn° 6- 9).

En la entrevista concedida a la revista *Civiltà Cattolica* en agosto de 2013, cinco meses después de su elección, dijo el Papa Francisco: “*Yo veo la santidad en el pueblo de Dios paciente: una mujer que cría a sus hijos, un hombre que trabaja para llevar el pan a su casa, los sacerdotes ancianos que tienen una sonrisa porque han servido al Señor, las religiosas que trabajan mucho y que viven una santidad escondida*” (esta idea de nuevo la recuerda en GE, n° 7).

Por tanto, la santidad debe buscarse en la vida ordinaria y entre las personas que están cerca de nosotros, no en modelos ideales, abstractos o sobrehumanos. No hay que buscar vidas perfectas sin errores (GE, n° 22), sino personas que “aún en medio de

imperfecciones y caídas, siguieron adelante y agradaron al Señor” (GE, nº 3). Porque el camino de la santidad es sencillo.

“Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo que “participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad” (LG, nº 12).

Santa Teresa Benedicta de la Cruz afirmaba que a través de estos humildes miembros (de ese pueblo) se construye la verdadera historia; porque “en la noche más oscura surgen los más grandes profetas y lo santos. Seguramente, los acontecimientos decisivos de la historia del mundo fueron sencillamente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado” (citado en GE, nº 8).

Quizás en esta forma de presentar la llamada a la santidad esté latente el argumento de esta frase: “Lo que hicieron estos y estas, ¿por qué no lo

voy a hacer yo?”, palabras cercanas a un texto de las Confesiones de san Agustín (8, 27), e interrogación atribuida a san Ignacio de Loyola al leer las Vidas de los Santos.

Sin tener nada en contra de los santos canonizados, el Papa Francisco vuelca su interés hacia los santos y santas no oficiales, hacia la santidad del pueblo de Dios. “Me gusta ver la santidad en el pueblo paciente (GE, nº 7). “Los santos de la puerta de al lado”.

Juan Pablo García Maestro

Javier ELZO, *Morir para renacer*, San Pablo, Madrid, 2017, 305 pp.

Este libro de análisis de la realidad de la Iglesia realiza una propuesta, que se recoge claramente en el subtítulo de la obra: es posible otra Iglesia en la era global y plural. Y la tesis básica del libro, que en cierta forma se presiente ya en el título, es que la Iglesia debe cambiar profundamente para poder vivir. Nos encontramos en un momento de profundo cambio a nivel eclesial: la realidad actual nos habla de un “humus socio-religioso” en el que la pérdida de la dimensión religiosa en occidente es evidente: menos creyentes, práctica religiosa dominical profundamente disminu-

da, indiferencia hacia la religión, y hasta menosprecio y burla... Pero en medio de esta situación, el sociólogo Javier Elzo, tras muchos años de dedicación a la sociología y de análisis comprometido con la realidad eclesial, se atreve a decir que tiene la intuición de que nos encontramos ante los albores de un nuevo cristianismo. Pero para que este renacer se produzca, de ahí el título, es necesario morir. Y como pórtico del libro, en la introducción, se presenta la experiencia de la muerte de un familiar, que pone a prueba la fe de las personas, pero que nos aboca al planteamiento de la resurrección.

De todo esto habla en este libro, en el que nos encontramos con estudio sociológico, reflexión filosófica, análisis histórico... y pasión por la verdad. En la búsqueda de esa verdad, Javier Elzo da la palabra a distintos autores que han estudiado con profundidad el universo religioso en el que nos encontramos. Autores que no participan de las mismas tesis en algunos casos, como ocurre con Peter L. Berger y con Detlef Pollack. De hecho, quizá es Peter L. Berger el pensador más citado en esta obra, especialmente a partir de las tesis de su obra tan referencial: "En busca de un paradigma para la religión en una época pluralista". Y junto a estos dos

pensadores, se cita también, si bien de un modo menos extenso, a otras figuras muy referenciales en el contexto de la creencia/increencia y en el mundo eclesial: Paul Ricoeur, Amin Maalouf, Andrea Riccardi...

La obra es extensa y aborda distintos conceptos, muy habituales en el contexto religioso y eclesial actual: el pluralismo, tanto en el ámbito universal como en el intraeclesial; el relativismo y el fundamentalismo, presentados ambos como respuestas nefastas para la vivencia de la religión; la profundización y diferenciación de la secularización y el secularismo; el planteamiento, ya clásico, del cristianismo como una *religión que supone la salida de la religión*; el repliegue de lo religioso y la reducción al ámbito de lo privado...

Con profundidad, evitando el recurso fácil de las anécdotas o de la mera presentación de encuestas de tipo sociológico, se analiza la situación religiosa en distintos países de cultura occidental: Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética, para concluir con un análisis mucho más pormenorizado de la situación en España, sirviéndose de los estudios sociológicos que muestran la opinión de los españoles respecto a la Iglesia.

A medida que el libro avanza, se deja sentir mucho más el compromiso del autor con la realidad eclesial, al ofrecer en los capítulos finales su propia visión de cara a conseguir que se produzca el renacer del que habla en el título. Es necesaria, dice, una reforma institucional de la Iglesia *ad intra*, planteándose la situación de la mujer en la Iglesia, avanzando resueltamente hacia la sinodalidad y la superación del clericalismo; y es necesaria una reforma institucional de la Iglesia *ad extra*, que conduzca a la potenciación de la libertad religiosa, la superación decidida de la era de la cristiandad, etc. Todo esto puede conducir, si se hace de una forma decidida, hacia una *edad de oro de la Iglesia*, a pesar de todos sus problemas. ¿Por qué? Porque, tal y como ya comunicó en su intervención en un Congreso sobre *La pastoral de las grandes ciudades*, dice en el último capítulo del libro: La Iglesia es “la única institución mundial que está estructurada, jerarquizada, y que forma una unidad. No hay otra. Y es la única con capacidad de oponerse al capitalismo financiero dominante”.

Esteban de Vega

Pilar RAHOLA, *S.O.S. cristianos*, Planeta, Barcelona 2018, 462 pp.

En este libro se presenta, de un

modo muy bien documentado, la realidad de la persecución de los cristianos en el mundo actual. Pilar Rahola, reconoce desde el comienzo del libro que no es una persona creyente, pero que su profundo compromiso con la ética y la justicia le han motivado para haberse preocupado de conocer muy bien esta realidad, tan silenciada por otra parte, y de darla a conocer. La persecución a los cristianos se está produciendo de múltiples maneras: a veces, de un modo directo, provocando muertes, cárcel y torturas, desplazamientos; otras, por medio de leyes discriminatorias y campañas de desprestigio, que anulan los derechos básicos de las personas, la imposibilidad de un trabajo digno, de una convivencia normalizada... Son muchos los modos concretos en los que se deja sentir y se sufre la realidad de la persecución.

El libro abarca un contenido muy extenso, pues aunque el objetivo fundamental que persigue es la presentación y a la vez la condena de toda persecución contra los cristianos, y por extensión, a todas las personas a las que se niega la posibilidad de vivir o expresar sus creencias y convicciones legítimas, ofrece también una información muy amplia sobre la realidad del cristianismo hoy. De hecho, el primer capítulo intenta clarificar

el complejo mundo de las diversas confesiones cristianas existentes. En oriente, de hecho, hay un mosaico muy variado de distintas confesiones cristianas, muchas de ellas amparadas dentro del gran paraguas de la Iglesia católica, pero con pequeñas diferencias culturales, de culto y de expresión. Lo mismo ocurre con el mundo de las confesiones protestantes; y algo parecido también, ya en otra parte del libro, sucede con la gran diversidad de confesiones de tipo musulmán. Estas clarificaciones, que podrían resultar densas y pesadas, y que no lo son en absoluto, son necesarias para entender mejor la realidad de la persecución, en lugares donde el cristianismo, sea cual sea su confesión concreta, es una postura religiosa minoritaria.

¿De cuántas personas hablamos cuando nos referimos a los cristianos que llegan a sufrir persecución, maltrato, discriminación e incluso la muerte? Es imposible poder expresar una cifra fiable, pues hay quienes hablan de 100.000 muertes anuales, otros aventuran una cantidad de 200.000, y los hay que reducen esa cantidad a un total de 7000. Pero más allá de la cifra exacta, no cabe duda de que son muchísimos los cristianos que están siendo perseguidos en este momento, tanto que se habla

del Siglo XXI como de un siglo de vuelta a las catacumbas en muchos lugares del mundo: en Asia, Oriente Medio, África del Norte, y muy especialmente en países musulmanes.

La condena de Pilar Rahola no se refiere sólo a las matanzas, los atentados y las masacres, sino que al hecho de que esto esté ocurriendo bajo el amparo de leyes de determinados países y que esté siendo admitido políticamente y esté siendo silenciado.

A partir de este libro el lector no sólo se sorprende de la barbaridad y la violencia que asola a gran parte de la humanidad, sino también de la existencia de estadísticas en cada país en los que se sufre esta barbarie y de la abundancia de organismos nacionales e internacionales de apoyo a las víctimas y de condena de los abusos, especialmente de grupos de confesión protestante... Afortunadamente, el silencio no se produce siempre y se demuestra que la cooperación internacional y la presión mundial en ocasiones es capaz de evitar condenas de muerte y de provocar transformaciones políticas. Pero, desgraciadamente, esto se produce sólo en una minoría de casos, los que adquieren relevancia internacional. Y no siempre.

La información del libro es impresionante. Quien se adentre en sus páginas debe hacerlo sabiendo que se le invita a un viaje en el que va a poder aprender mucho y en el que hay mucho terreno que recorrer. Uno se sorprenderá de saber que hay una clasificación muy bien documentada acerca de los países en los que los cristianos sufren persecución: Corea del Norte, Somalia, Afganistán, Pakistán... Aprenderá la evolución con que la persecución va hostigando a los cristianos; reconocerá de un modo ordenado y sistemático noticias que la prensa ha dado a conocer en los últimos años acerca de muchísimos grupos de musulmanes radicales que en diferentes países de mayoría islámica están acosando y diezmando a la población cristiana; clarificará conceptos como *sharia*, *yihad*... Y todo esto con una documentación muy actualizada. Se dará cuenta de que hay una relación estrecha en muchos lugares entre la persecución a los cristianos y la persecución a las minorías y a los que tienen el valor de mostrarse diferentes, en sociedades y culturas donde la diferencia es perseguida, sea por tratarse de cristianos, ateos, homosexuales, opuestos a la dictadura, creyentes de otros credos... Y también se sorprenderá de ver que, en muchos lugares del mundo, como por ejemplo en la India, al cristianismo se

le asocia con los pobres, con aquellos que quieren que las cosas cambien, con los que no se conforman... En países donde la desigualdad que crea el régimen de castas tiene un carácter sagrado, el cristianismo es considerado subversivo y se quiere eliminar.

La autora favorece la lectura de esta extensa obra porque con frecuencia introduce párrafos o ideas en negrilla, que ayudan a fijar la atención en lo más importante o a resumir el contenido de diversas páginas. Y una gran aportación en medio de tanto dato y estadística es la presentación de múltiples testimonios, en primera o en tercera persona, acerca de casos y persecuciones concretas, que le dan al conjunto de la obra un tono más realista y experiencial.

Ya cerca del final, Pilar Rahola introduce una extensa entrevista con Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de Sant Egidio, asociación mundialmente famosa por muchos motivos solidarios y de fe, pero especialmente por su espíritu ecuménico y pacificador. Riccardi escribió en 2001 el libro "El siglo de los mártires", acerca de los martirios del S. XX. En la entrevista, ambos coinciden en que el Siglo XXI sigue esa estela de martirios, en la medida en que se está extendiendo en muchos

lugares la cultura del totalitarismo y la persecución del que se atreve a ser diferente y fiel a sus propias ideas. Es curioso como el diálogo entre una mujer atea y un creyente ferviente discurre por caminos de profunda comunión, desde valores de tipo ético y social. La autora reconoce, por ejemplo, que el cristianismo, en cuya cultura ha crecido, le ha enseñado valores que aprecia y que ha encarnado y que se han constituido en su forma de ser y de pensar. Afirma: “Todo lo que significa la educación católica, en mi caso, sólo me ha dado bondad, capacidad de empatía, capacidad de comprensión, sentido de la justicia...”. Y la autora se compromete aún más cuando, en el último capítulo, critica la “cristianofobia sutil” de nuestra cultura, que se encarna en tantas personas que se consideran adalides de una postura progresista, pero que en el fondo están incurriendo en un dogmatismo irracionalista y trasnochado, sin capacidad de auténtica actitud crítica ante la realidad. Reconoce la autora, lo mismo que Andrea Riccardi, que la Iglesia ha estado situada al lado del poder a lo largo de la historia; pero afirma que actualmente la Iglesia no sólo ha querido cambiar y ha pedido perdón varias veces por ese posicionamiento, sino que en este momento está dando pruebas

claras de ponerse al lado de la justicia y del servicio al prójimo.

Un libro no sólo interesante, sino de rabiosa actual, bien documentado, muy bien escrito, ameno, incluso en las partes de exposición más densa y complicada. Muy adecuado tanto para una lectura continuada como para la realización de consultas puntuales sobre temas que con frecuencia ocupan pequeños rincones en la prensa, pero de los que merece la pena una mayor información y profundización.

Esteban de Vega

Daniel PITTET, *Le perdono, padre. Sobrevivir a una infancia rota*, Mensajero, Bilbao 2017, 223 pp.

Este libro presenta el detenido relato de la experiencia de un hombre que fue violado durante cuatro años de su infancia por un sacerdote pedófilo, y, a partir de ese relato, ofrece una profunda reflexión sobre todo el mundo de los abusos sexuales y la pedofilia. Cuenta, además, con el aliciente de que fue el mismo Papa Francisco quien animó a Daniel Pittet a escribir este libro, narrando con todo el realismo posible la experiencia, de la cual dice, en la misma portada del libro, que se trata de “un testimonio

necesario, precioso y valiente”. El breve prólogo del libro, también del Papa Francisco, presenta el objetivo de esta obra: “Testimonios como el suyo hacen caer el muro de silencio que ahogaba los escándalos y los sufrimientos, y proyectan la luz sobre una terrible zona de sombra en la vida de la Iglesia”.

Daniel no ahorra en este libro ningún rasgo de su infancia, que encarna en sí misma la realidad de un niño que sufrió mucho: su madre fue maltratada por su padre, lo cual llevó a la separación de sus padres y a que la figura de su padre prácticamente estuviera ausente a lo largo de su vida; vivió en situaciones de extrema pobreza y abandono, por lo que fue acogido por varias familias, de las que afortunadamente recibió buenos tratos y cariño; con su madre tampoco pudo tener mucha relación, ya que sufrió una prolongada enfermedad, que fundamentalmente consistió en una profunda depresión... Todos estos acontecimientos, según expone en una parte del libro, hacen de él una potencial víctima para el abuso sexual, por ser un niño en riesgo, desprotegido, inseguro, necesitado...

En este contexto de indefensión, conoce también a muchas personas, bastantes de ellas religiosas y religiosas,

que le tratan muy bien, le protegen y le atienden. Pero es precisamente en el mundo religioso donde se encuentra con un sacerdote que será quien “le rompa la vida”, someténdole a una experiencia aniquiladora que se prolongará durante cuatro años y de la que se le hace imposible hablar durante mucho tiempo, sufriendo una agonía silenciosa y física y psicológicamente demoledora.

Este es, brevemente, el resumen de la primera parte del libro, la que ocasiona que este libro haya visto la luz, como una especie de condena de los abusos, de comunicación ante el mundo de este drama, del que debemos estar prevenidos, y como experiencia de catarsis para Daniel, que poco a poco ha ido descubriendo no sólo que puede vivir con sentido, a pesar de la tragedia que sufrió, sino que puede dar luz y apoyo a otras víctimas de abusos semejantes.

A pesar de no ser una obra muy extensa, en este libro se encuentran muchos más ingredientes, que hacen de él una obra muy recomendable para toda persona sensible al mundo de la infancia y de la justicia, especialmente para los educadores. Así, se presenta, de una forma muy práctica y experiencial, la psicología de los niños sometidos a abusos; se dan cla-

ves para poder entender su silencio y sus reacciones; pistas para comprender las reacciones de las familias, a veces tan divergentes. Se presenta la psicología de las personas que han sufrido los abusos cuando son adultas, que pueden seguir sufriendo sin tener mucha conciencia del motivo de fondo, que pueden incluso somatizar su dolor y ser presas fáciles de todo tipo de enfermedades, que desconfían de las personas y de la vida, sometidas a una inestabilidad frecuente, al desarraigo, a la infelicidad...

Muchos de los niños que han sufrido abusos sexuales pierden en poco tiempo la fe y terminan por sentirse profundamente alejados del mundo religioso. No es el caso de Daniel Pittet, que reconoce que, a pesar del sacerdote que le violó, el mundo de la religión le ofreció una auténtica familia en las personas de muchos creyentes y gente de Iglesia que le ayudaron muchísimo. De hecho, las grandes referencias de personas que han marcado su vida y a las que admira profundamente, pertenecen al ámbito de la Iglesia, y muchas de ellas son mundialmente conocidas: Guy Gilbert, Jean Vanier, Sor Emmanuelle, Georges Haldas... Y toda su vida, hasta el día de hoy, Daniel Pittet se ha manifestado ante todos como un hombre de fe y muy comprometido

con la Iglesia y con la evangelización. Y también por ese motivo, en 2015, el año de la vida religiosa, decidió expresar su agradecimiento a tantos consagrados que le ayudaron, contribuyendo a la redacción de un libro que recogía múltiples testimonios de vida religiosa, titulado "Amar es dar todo". Este libro tuvo un enorme éxito editorial.

El libro se lee con gusto, a pesar de que hay páginas realmente duras, pues el autor no evita la descripción de los actos escabrosos a los que fue sometido. Peca un tanto de desorden argumental, de bastantes repeticiones, de una cierta impulsividad... Pero estos elementos le dan al libro un tono de realismo y de condena muy logrado, precisamente porque muchas páginas están escritas sin ningún filtro correctivo, tal y como le brotaban al autor. Contribuye así a dar un peso testimonial difícilmente superable.

El título del libro, "Le perdono, padre", corresponde a las palabras que Daniel dirige al sacerdote que le violó, en un encuentro que tuvieron en 2016, cuando el sacerdote es ya muy anciano y había sido acusado de muchos otros casos de pederastia, la mayoría ya prescritos. Cuando Daniel Pittet vive este encuentro ya se siente

preparado para verse cara a cara con su abusador y descubre que se encuentra incluso capacitado para concederle el perdón. Pocos meses antes, no habría podido. Y precisamente el libro termina con un epílogo en el que se presenta una conversación entre Joël Allaz, el sacerdote violador, monseñor Charles Morerod y Micheline Repond, que es quien hace las preguntas. A este encuentro fue invitado Daniel Pittet, pero no se sintió con fuerza para poder acudir. Poder pronunciar las palabras “le perdono, padre”, suponen una sanación que hasta entonces Pittet no había experimentado.

Un libro de gran actualidad, no cabe duda, que muestra en primera persona el desgarrar que produce la realidad de los abusos sexuales, sin ningún tipo de paliativos. Y, a la vez, la esperanza que puede haber de sanación y de capacidad de entrega radical, a pesar de la fragilidad y la desestructuración innegable que el abuso provoca en las víctimas que lo han sufrido.

Esteban de Vega

Adriana GULOTTA (coord.), *A la escuela de la paz, Comunidad de Sant'Egidio, San Pablo, Madrid 2018*

Este libro se trata de una obra colectiva que destila desde las primeras páginas, en el prólogo de Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de Sant'Egidio, un amor y una preocupación por los niños que se comunica en cada una de sus páginas. El prólogo relata lo que fue el inicio de la Comunidad de Sant'Egidio en Roma, hace 50 años. En el origen de la comunidad, junto con la atención a los pobres del extrarradio de Roma, se encontraba la preocupación y el cuidado por los más vulnerables entre los pobres: los niños. Y ese cuidado se reflejaba, sobre todo, en la escucha a los niños. Y es lo que pretende este libro: devolver la voz a los niños, hacer posible la escucha de su realidad, sus necesidades, su magia.

Hoy Sant'Egidio se encuentra en más de 70 países y en ellos ayudan, en multitud de “escuelas de la paz”, a muchos niños que encuentran en ellas un ámbito donde aprender, donde ser reconocidos, escuchados, ayudados... Un ámbito donde sienten que se confía y se apuesta por ellos, para que el aprendizaje y la educación se realicen y, a partir de ahí, para que otro mundo sea posible.

La coordinadora de este libro, Adriana Gulotta, cita al Papa Francisco, que conoció las escuelas de la paz en

Buenos Aires, antes de ser Papa. A partir de su testimonio de cercanía a estas escuelas se insiste en que no hay aprendizaje posible, y más en los casos de muchos de estos niños, que viven en situación de riesgo, si no se les hace sentir queridos. Acostumbrados a ser gritados, maltratados, ninguneados, cuando descubren que sí importan y que son tenidos en cuenta, y que gente que no vive en sus barrios viene a ellos gratuitamente, sin esperar nada a cambio, sólo por ayudarles, les supone un choque profundo, una sorpresa muy agradable. Y comienza algo nuevo en sus vidas.

Lo más importante del libro son los testimonios de los niños de muchos lugares del mundo: el Chad, Eritrea, Pakistán, Mozambique, Kenia, Malawi, Argentina, Salvador, Mali, Burundi, Italia, España, Uganda... Su testimonio es muy sencillo, claro, directo, con tanta ternura y a la vez con tanta crudeza que a veces hace llorar. Es el testimonio propio de niños que comunican su experiencia de sentirse queridos y de saber que se apuesta por ellos, cuando aquello a lo que han estado acostumbrados en su breve historia personal ha sido precisamente todo lo contrario. Como niños que son, hablan sin doblez de la vida que viven en sus casas y en sus barrios, del maltrato y el despre-

cio que muchas veces experimentan en las escuelas normales, porque no saben, porque no tienen, porque no pueden... Y cuentan también el cambio que experimentan a raíz de entrar en las escuelas de la paz, donde lo más importante es que pueden disfrutar de un trato y una confianza a la que no están en absoluto acostumbrados. Este cambio les permite empezar a ver la vida de otro modo y atreverse a abrirse a otro mundo, porque, tal y como dice Nelson Mandela, "la educación es la puerta de entrada a la libertad".

Las situaciones de los niños que se acercan a las escuelas de la paz son muy variadas, y en ocasiones muy dolorosas: se describen a lo largo del libro, pero muy especialmente en el capítulo dedicado a los nuevos escenarios del mundo: pobreza, guerra de Kósovo, emigración, paro, alcohol, maltrato, violencia de género, mafia de Sicilia, maras de El Salvador, campos de refugiados del Congo, niños soldados de Uganda, meninos de la rúa, niños invisibles, porque nunca han sido registrados en ningún lugar, enfermos del sida... En todos estos casos, los niños son las primeras víctimas de situaciones de las que no son culpables: simplemente, les ha tocado a ellos. Pero, sea cual sea la causa del desajuste, del retraso esco-

lar, del desarraigo... cabe la esperanza. Con los niños siempre cabe la esperanza, y ese es uno de los mensajes más claros del libro.

Se insiste también en él en el respeto a la diversidad. La unidad no supone uniformidad, de ahí que se potencie el valor de la diferencia, la amistad, la aceptación de cada uno tal y como es. Y se narra con admiración la capacidad de dar de quien menos tiene y la liberación que supone descubrir que uno puede colaborar y contribuir al bien de los otros a pesar de sentirse tan necesitado. Esa es una experiencia salvadora.

Si algo debería cambiar este libro es la impresión con que se han realizado algunos de los testimonios que aparecen, porque precisamente aquellos que se desean resaltar más, con un tipo de letra distinta y un tamaño más grande, tienen un color de letra tan pálido que apenas se pueden leer. El resto del libro es una obra de arte, de amor, dedicación y reivindicación de los derechos de los niños, fundamentalmente de los que viven en situación de riesgo. No es un canto a las excelencias de las escuelas de la paz, que también, sino un canto a la infancia, y no de un modo genérico, sino a la infancia concreta, con rostros y nombres determinados, para

provocar en quien lee el deseo de colaborar, luchar por sus derechos y hacerse como un niño.

ESPIRITUALIDAD

Martin LAIRD, *Una ausencia iluminada. Silencio, conciencia y contemplación*, PPC, Madrid, 2018. 239 pp.

Descubrir personalmente la importancia de la contemplación es dar con la perla de gran valor (Mt. 13); es descubrir que el centro del alma es Dios (Juan de la Cruz). Estamos en Dios como la esponja está impregnada en el mar; ella no lo busca, su vida es así. Para los cristianos, Jesús es el ejemplo de la práctica contemplativa.

Al comienzo, cuando se quiere conseguir el silencio, resulta que hay de todo menos silencio; con la práctica, el corazón se llena de cierta dulzura, como dice San Isaac el Sirio, y esa dulzura impulsará con gran vigor al cuerpo para que persevere en el silencio. En la práctica de la oración se va pasando de ser lugar de refugio a lugar de encuentro; se establece al principio un control de los pensamientos y se pasa a la fase del flujo luminoso; y todo se percibe como un vehículo que conduce a la vida interior. Más allá de nuestro esfuerzo, Dios se en-

trega a nosotros, nos fundamenta y abraza: esa es la simplicidad de la naturaleza divina.

En el proceso de aprendizaje de la meditación se producen lo que el autor llama los “videos interiores”. Evagrio el Monje (s. IV) enumera los problemas a los que el autor llama videos: es la mundanidad que hay que descartar con presteza; la vida de quietud nos va llevando a extensos campos donde yacen tesoros escondidos, donde el alma puede bañarse en su espacio y en ellos hacer grandes largos. El Dios que buscamos ya brilla en nuestros ojos.

Silencio y conciencia es un binomio bien entendido por los poetas. En la obra *Trece maneras de mirar un mirlo*, se dan las cualidades del silencio: el mirlo nos admira cuando canta y cuando calla. Hay diversos tipos de silencio: ante un desconocido, el de la cólera, el de una catedral, etc. Cualquier comunidad procura que el silencio se observe; ahí nace la paz de espíritu, el estudio, la contemplación. Su ruptura aumenta la ansiedad, la alienación. Podemos hacer silencio incluso en medio del ruido. El maestro Eckart dice que “la más noble consecución de esta vida es estar en silencio”; se refiere al silencio físico y quiere llevar a sus novicios a un silencio que no

tiene contrario; aglutina lo que aparece y desaparece en la conciencia. Fray Luis de León lo ensalza: “Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido...” La práctica de la contemplación se compara al trabajo del escultor, que tan solo libera lo que está cautivo en la piedra, que no obra en virtud de una suma o una adquisición, sino mediante una liberación, desbastando la percepción ilusoria -aherrojada por el pensamiento- de la separación de Dios. Si Dios es el escultor, nuestra práctica es como el cincel que trabaja paciente y eficazmente para desbastar la piedra.

La práctica de la contemplación surge de ese silencio y procede desde el uso de palabras de oración a sentarse sencillamente de forma consciente. San Hesiquio proponía una sencilla práctica de atención: controlar rigurosamente la imaginación o la sugestión. Se necesita una habilidad espiritual de la atención vigilante, capaz de cribar, de modificar nuestra relación con cualquier tipo de pensamiento o sentimiento. El parloteo interior y nuestras tediosas obsesiones se parecen al asno que mueve la muela del molino; nunca saldrá del círculo al que lo han fijado. San Diadoco recuerda que cuando el mar está en calma se puede percibir el movimiento de los peces, no así cuando está agi-

tado. La presencia de Cristo ejerce un efecto como la luna en la tierra y las aguas, obliga a una apertura expansiva de la conciencia desde el interior, mientras que no permite la claridad de lo que hay fuera. San Isaac el Sirio nos exhorta: “Más que ninguna otra cosa ama el silencio, él te acercará a aquel fruto que la lengua es incapaz de interpretar para ti”.

Sta. Teresa hace lo imposible por recordarnos la existencia de la luz interior: “No entendamos que el alma es una cosa oscura; quien se asoma al fondo de su corazón no puede quedarse sin ser esclarecido”. Nos vamos sumergiendo en la conciencia que Jesús tenía de la realidad más simple: “Si me conocéis a mí conoceréis también a mi Padre” (Jn 14); “Yo y el Padre somos uno”. La conciencia es *conciencia en sí*, no es conciencia de algo; la mirada del corazón está siempre contemplando a Dios, y esta es la tarea de la profundidad del corazón. En el itinerario espiritual caminamos en fe y no en visión (2Cor)

El autor se pregunta sobre el aburrimiento en la oración; es el banco de pruebas de la oración. Llega un momento en que el antiguo modo de orar representa un obstáculo; entonces se recomienda volver a las oraciones, a los salmos. El aburrimiento

es una iniciación al desierto previo al contemplativo; los pensamientos y sentimientos se purifican; tanto las distracciones como las depresiones son las dificultades que se encuentran en el proceso espiritual, el cual consiste también en afrontar los conflictos. Según el autor, la práctica contemplativa es un bálsamo sanador en situaciones de conflicto. Dios se hace conciencia luminosa a través de las dificultades; las personas tenemos necesidad de conceptualizar, pero la contemplación cristiana insiste en el “no saber”, que es más elevado y profundo que el conocimiento y se cultiva por la práctica contemplativa.

El autor acude a la narrativa para explicar procesos de oración: es el caso de Josh, de Margot o de Bryan. Y responde a las preguntas más frecuentes sobre la contemplación, la mayoría de carácter práctico: oración de intercesión, la somnolencia, el uso de iconos o estatuas, la falta de tiempo. De todos ellos podrá el lector sacar sus propias conclusiones para mejorar su contemplación.

José M^a Martínez

Suzanne Giuseppi TESTUT, *Francisco de Asís, profeta de lo extremo*, Ediciones Franciscanas de Arantzazu, Castillo de Villamonte, 2018

La autora de este libro, Suzanne Giuseppi Testut, es franciscana seglar, y es especialista en espiritualidad franciscana. Por este libro, recibió en Francia el Premio *Espiritualidades de Hoy*, en 2015. Ante un nuevo libro sobre San Francisco, uno puede preguntarse si todavía es posible escribir algo que no esté ya escrito sobre San Francisco; pero la lectura de la obra permite responder afirmativamente, porque, tal y como enuncia el premio concedido, San Francisco sigue siendo un referente del que seguir extrayendo riqueza, y de gran actualidad.

Suzanne Giuseppi intenta mostrar en esta obra, utilizando la expresión de Thadée Matura, “un dedo que señala a otro que no es él mismo”. No pretende una hagiografía, y realmente no lo es, sino una invitación a acercarse a Francisco para beber en una fuente que sigue manando agua de una frescura imperecedera y sigue invitando a vivir *de una forma extrema*, sin medias tintas, a pesar de la fragilidad de la que estamos formados, o precisamente gracias a ella.

El texto es profundo y presenta a Francisco sin atenuar su radicalidad, de ahí lo de “profeta de lo extremo”. Lo hace en fidelidad a la época en la que Francisco vivió, cuyo conocimiento es imprescindible para entender mejor lo que supuso Francisco; pero aún más en fidelidad a nuestra época, a la que Francisco tiene tanto que decir. De ahí que aparezcan nociones y conceptos claramente referenciales de nuestro mundo: el peso de lo virtual, la reflexión sobre el transhumanismo, las llamadas a la evangelización encarnada en nuestra realidad, la intemporalidad de su figura y su espiritualidad universal... De hecho, la autora pretende comunicar la experiencia profunda de San Francisco, pero haciéndolo siempre en diálogo con el momento actual, intentando no sólo traducir y acercar su experiencia a nuestro hoy, sino, incluso, planteándolo como un interrogante, una invitación y un reto a nuestra vida.

En las primeras páginas se nos presentan los escritos, las leyendas y los testimonios originales, a los que la escritora hace referencias constantes. En muchos momentos es el mismo Francisco quien toma la palabra, a partir de sus escritos: una palabra llena de la radicalidad y el candor propio de Francisco, no

exenta de belleza, aún dentro de la su rudeza expresiva, como queda de manifiesta en la Primera Regla que redactó, y que se cita completa al terminar el libro.

La obra hace muchas referencias al Papa Francisco, empezando precisamente por la coincidencia del nombre, que Bergoglio escogió con toda intención, para comunicar así su intención y deseo de vivir hoy una espiritualidad de la que nuestra Iglesia y nuestro mundo están tan necesitados. Y no hay duda de que hay muchos puntos en común entre San Francisco y nuestro Papa actual, como se deja ver a lo largo de las páginas de esta obra: la necesidad de una misión encarnada en las realidades periféricas, el amor a la naturaleza, la alegría de la fe, el mensaje de la paz, la vivencia de la misión “en salida...”.

La obra es para toda la Iglesia y para todo hombre que desee profundizar en la dimensión espiritual, haciendo un hincapié especial en el laicado, pues laico era San Francisco. Aunque hay varias páginas dedicadas a la realidad franciscana, es evidente que el libro puede encontrar destinatarios en todo cristiano y en todo hombre que quiera vivir en sintonía evangélica. Eso sí, sin ocultar que entrar por el camino de San Francisco supone

querer poner a Dios en el centro de la propia vida, como hizo el santo, hasta límites insospechados, ahondando en caminos siempre nuevos, en caminos “extremos”.

La lectura exige esfuerzo y atención, porque es densa y profunda, aunque la distribución en breves epígrafes, con títulos muy adecuados, la favorece y facilita.

Esteban de Vega

Enrique MARTÍNEZ LOZANO,
Presencia, San Pablo, Madrid
2017, 117 pp.

Enrique Martínez Lozano se caracteriza casi siempre por su capacidad de comunicar de forma clara un pensamiento que no es sencillo para el pensador occidental. Sin embargo, en este libro la aparente sencillez que se lo podía suponer, dada la brevedad del mismo, no es tal. A pesar de que a lo largo del libro está constantemente barajando las mismas ideas, da la impresión de que no consigue comunicar con claridad lo que pretende. Es un libro síntesis, que supone la lectura de muchas obras anteriores. Y, aun así, este libro resulta complejo, quizá porque da por descontadas muchas ideas que no son tan evidentes como pretende dar a entender.

En cierta forma, el libro desea clarificar o redefinir conceptos e ideas que habitualmente manejamos de formas muy diferentes a las que aquí se presentan: conceptos como personalidad, identidad, mente... O conceptos como “presente”, que no se concibe como tiempo sino como plenitud o detenimiento; o “yo”, que en este libro y en el conjunto de la obra de Martínez Lozano se entiende como apariencia, impresión, pero no como identidad personal; o el gran concepto, al que dedica el conjunto del libro y que le da título: “presencia”, que aquí se interpreta como totalidad, profundidad, no-dualidad, verdad profunda que está por debajo de todos los vaivenes a los que estamos sometidos y con los que a veces confundimos nuestra auténtica realidad... La presencia es lo que queda cuando todo acalla, la verdadera identidad, a la que nunca llegaremos si seguimos identificándonos con nuestra mente. Pues bien, me da la impresión de que todos estos conceptos requerirían una clarificación mucho más profunda que la que da en este libro para que se puedan entender de un modo más diáfano. Creo que en esta obra Martínez Lozano no logra sus objetivos, al menos no como lo ha conseguido en otras obras.

Según el autor, la pretensión de este libro es la de compartir unas pautas sencillas para hacer posible una reeducación que nos permita salir de la inercia de dónde venimos, que es el estado mental, y conectar así con lo que somos, el estado de presencia. Eso implica pasar por tres etapas: el aprendizaje, que es la práctica para lograr la reeducación; la comprensión, que pasa por la correcta interpretación de lo que es el presente, y la realización, que es la vivencia de la presencia que somos. Pero, como ya he dicho, esta pretensión se queda a medio camino.

De todo el contenido del libro, lo que destaco personalmente como más logro es la diferenciación entre dos conceptos que a veces confundimos y que, sin embargo, Martínez Lozano consigue clarificar muy bien, a la vez que da unas pautas de tipo práctico y existencial para ayudar a vivir. Se trata de los conceptos de “dolor” y “sufrimiento”. El dolor es sustancial a la vida en su devenir, algo objetivo con lo que tarde o temprano nos encontramos, lo queramos o no; sin embargo, el sufrimiento somos nosotros quienes lo ponemos, en la medida en que nos detenemos ante el dolor, lo absolutizamos, no lo asumimos, sino que, a causa de nuestra negatividad sobre el mismo, lo problematizamos.

Se trata de pasar de la “resistencia egoica” a la rendición sabia ante lo que es, para lograr así la “sabiduría del fluir”.

Estas ideas me han parecido muy clarificadores. Por el contrario, hay conceptos que Martínez Lozano intenta expresar con gran convicción, pero que son muy discutibles, como la interpretación que hace del yo consciente, del que presupone que ha surgido en un momento de la evolución, que ha traído consigo una riqueza enorme para el ser humano; pero que puede suponer un gran peligro, si nos quedamos anclados en él y no evolucionamos hacia el *yo transpersonal*. En ese caso, afirma, haríamos de lo que fue una protección evolutiva una esclavitud que nos reduce en nuestra individualidad, nos encierra en el sufrimiento y nos distancia de todo cuanto existe al anclarnos en la mente individual... Todo esto es realmente discutible y difícilmente se pueden dar pruebas concretas de que su planteamiento sea así. Creo que afirmaciones de este tipo, que suponen una ruptura total con la visión antropológica de la cultura cristiana en su concepción de la persona merecerían una profundización mayor y una argumentación más adecuada. Sencillamente, creo que le faltan pruebas para mantener esa tesis que di-

fícilmente se puede falsar, es cierto, pero que precisamente por eso difícilmente se puede mantener.

Esteban de Vega

Eusebio GÓMEZ NAVARRO,
***Sólo la fe nos alumbra*, San Pablo,**
Madrid 2017, 245 pp.

Un libro sencillo, ameno, con una línea clara de reflexión que gira siempre en torno a la fe, y con una argumentación fácil de seguir, porque se ve apoyada constantemente en anécdotas, cuentos, notas biográficas, citas de muchos autores... De todo ello se sirve para dar viveza y agilidad. Con todo, el libro resulta repetitivo a medida que se avanza en él, como si fuera perdiendo fuerza o interés. En la introducción deja claro que hablar de la fe puede ser un tanto ambiguo, porque “la fe depende del concepto que tengamos de Dios”. Pero por encima de todo, la fe será presentada como algo fundamental para la vida del creyente, que llena de sentido toda la existencia. La fe encarna la parábola evangélica del tesoro que encuentra en el campo el buscador, por la que merece la pena apostar toda la vida.

Tiene cinco capítulos, y en cada uno de ellos va profundizando en el senti-

do y significado de la fe, desde cinco enfoques progresivos.

En el primero capítulo, “La existencia de Dios”, ofrece una argumentación un tanto filosófica acerca de las razones que nos permiten defender la existencia de Dios, algo que se hace evidente para quien apuesta por creer, pero que no acalla el peso de las dudas. Creer en Dios es una bondad que llena de sentido la existencia, a pesar de que el autor no acalla y respeta los distintos argumentos de quienes afirman que Dios no existe. La sociología nos sitúa ante la realidad de la creencia y la increencia, pero las encuestas no lo dicen todo y fácilmente pecan de simplicidad cuando pretenden plasmar la realidad, que siempre está más allá de sus resultados numéricos. Intelectualmente difícilmente podríamos ponernos de acuerdo, pero no debemos olvidar que la fe tiene más que ver con el amor que con lo intelectual.

El segundo capítulo, “La fe nos salva”, nos ofrece una reflexión sobre la crisis de la fe. Las dudas no son la prueba de la insustancialidad de la fe, sino todo lo contrario: son sustanciales a la fe, algo así como su motor. En medio de ellas, la fe se mantiene viva, dándonos así más bien una prueba no racional de que es la fidelidad de

Dios la que nos mantiene en el seguimiento y no nuestras propias razones humanas. Ya nos pueden acosar las tentaciones o los miedos, que al final es Dios mismo quien nos mantiene en el claroscuro de la incertidumbre, dándonos razones vitales para apostar por una felicidad más profunda que la que nos pueda aportar el éxito en la vida o la tranquilidad que nos pueda dar el tener. La fe nos da unas raíces mucho más profundas para seguir apostando por vivir con sentido.

En el tercer capítulo, titulado “Yo creo”, se hace un repaso breve de los artículos fundamentales del credo cristiano. Pretende una purificación esencial de lo que es y no es la fe en Dios, que es ante todo Padre y Madre. Creer en Jesucristo, encarnado, muerto y resucitado... Creer en el Espíritu Santo, en la Iglesia, en el perdón de los pecados... Es un capítulo quizá más denso, menos ameno, más teológico.

El cuarto capítulo, “Fiarse de Dios”, goza de gran actualidad, porque en él se nos ofrece una reflexión que se apoya en el contenido de la exhortación *Gaudete et exultate*. El planteamiento que hace de la santidad en este capítulo, que es el gran tema de la exhortación, nos ofrece una contemplación de la misma muy cercana y

humana, al proponernos la imagen de una santidad asequible, con la que convivimos cotidianamente sin darnos cuenta, porque tenemos santos hasta en la casa de al lado.

Finalmente, en el último capítulo, “Fe y compromiso”, se nos habla de la fe encarnada, hecha realidad y expresada en la que es la principal tarea de la vida: la conversión al amor. El contenido de este capítulo se podría resumir en la cita de Santiago: “¿De qué le sirve a uno decir que tiene fe si no tiene obras?”. La expresión de la fe está en el amor, y un amor efectivo, que cambia la vida y cambia el mundo. Y en este mismo capítulo dedica unas páginas también a hablar del compromiso de todo hombre de fe en la nueva evangelización, porque la fe requiere comunicación; a la vez que se fortalece y se cuida por medio de la oración.

El libro, por tanto, es sencillo, y la lectura se ve facilitada por la distribución del texto en epígrafes breves, cuyo título adelanta de forma clara el contenido de lo que en él se presenta. Con todo, como ya dije, el libro a veces parece un tanto repetitivo y con cierto desorden en la argumentación, de modo que en ocasiones parece que nos encontramos con las mismas ideas capítulo tras capítulo. Creo que

el libro ganaría si fuera más breve, sin pretender alargar hasta agotar el contenido de cada una de sus partes.

Esteban de Vega Alonso

Guy LUISIER, *Los diarios del hijo pródigo*, PPC, Madrid 2017, 160 pp.

En 2016 este mismo autor había escrito *Historias de una posada*, y PPC publicó en España. En aquel caso se trataba de una prolongación de la parábola del buen samaritano, en clave poética e imaginativa, con una simbología bíblica y humana llena de encanto. Al recensionar esta nueva obra es inevitable hacer alusión a aquella, porque hay un gran paralelismo entre aquel libro y este, en el que el motivo central es la parábola del hijo pródigo.

Ya de entrada la presentación de la obra es de gran calidad: la tipografía, las ilustraciones a todo color de diferentes cuadros, representando distintas escenas de la parábola del hijo pródigo, la brevedad de los capítulos... Pero sin duda el mayor logro de la obra es el estilo poético y la invitación a una profunda meditación que surge de estas páginas.

El relato lo va narrando en primera persona el hijo pródigo, veinte años después de haber vivido la aventura de la parábola original. Y el libro comienza con el recuerdo del banquete que el padre le preparó. Desde entonces, el hijo vive en las dependencias de la familia, pero no en la casa principal sino en una especie de cabaña. Al lado del padre, pero respetando y cuidando su propia soledad. El libro no se centra en la relación con el padre; ni siquiera le describe. De él se conforma con resaltar algunos rasgos fundamentales, como por ejemplo su mirada amorosa, que da vida al hijo y le libera, en contraposición de otras miradas que en seguida expresan el juicio o la imposición. Habla de su risa, su abrazo, la capacidad de retirarse para dejar más espacio a los hijos, para que puedan crecer... Pero no es el padre el personaje del que más habla, sino que son otros los personajes a los que dedica más espacio: Miriam, la criada, a quien describe con admiración y cariño; su cuñada, sus sobrinos, chico y chica, tan distintos entre sí, como distintos eran los dos hermanos de la parábola original... Y, sobre todo, habla de su hermano mayor, que a medida que avanza el libro se va convirtiendo en coprotagonista de la historia.

En el libro aparecen otras parábolas,

que recrea en sabrosas variaciones, despertando y ampliando así el significado. Por ejemplo, la parábola de la cizaña; la de los obreros que son contratados a distintas horas del día; la de la mujer que experimenta una gran alegría al encontrar la moneda perdida, aunque en este caso se trata de un anillo; la del propietario que derriba su granero para construir otro en el que quepan holgadamente las sorprendentes cosechas... Recrea las parábolas, pero no las convierte en absoluto en lecciones moralizantes, sino que le sirven para presentar otra forma de ver la vida y otro sentido de la justicia, muy distinto al de la justicia que marca la ley...

Junto a las referencias de las parábolas que recrea aparecen otras referencias bíblicas, en este caso mucho más literales, especialmente de tipo sálmico. Y también se destacan los grandes símbolos de la biblia, expuestos de un modo narrativo y poético, llenos de sentido: el símbolo de la vida que renace del grano muerto, o que se abre camino a pesar de la dificultad del nacimiento de un asnillo, el símbolo de la luz...

A partir de un determinado momento, el hilo conductor de la obra es la desaparición del hijo mayor de su hermano. Es como si se reviviera la historia

que previamente había vivido el protagonista, pero con otros personajes. Le toca ahora ser padre sufriente precisamente al hermano mayor, aquel que no pudo entender cómo era posible que su padre recibiera con tanta alegría al hijo perdido. Y sin embargo muchas cosas han cambiado en la vida del hermano actual, ahora que es padre, que sufre lo increíble por la pérdida de un hijo a quien en realidad no conocía en profundidad y que, al enterarse de que su hijo está en un pueblo no muy lejano, ni siquiera espera a que vuelva a casa, sino que sale presuroso a su encuentro. El hermano mayor del hijo pródigo ha vivido un camino de profunda transformación, aunque en su carácter y su forma de ser, más bien legal, callada y laboriosa no haya cambiado nada.

Junto a este estilo narrativo, por medio del cual el autor nos devuelve unas parábolas en las que nos ayuda a profundizar en su sentido profundo, intemporal, pero muy adaptado para nuestro momento actual, el libro ofrece una profunda sabiduría para situarse ante la vida en una actitud de sabrosa contemplación. La poesía y la sabiduría, en la expresión y el contenido, caminan unidas a lo largo de todas las páginas. Sirvan de ejemplo las siguientes citas:

- “A fuerza de ser sencilla, pobre y desprendida de todo parece poseerlo todo” (32).

- “No hay más que un solo pecado, el de no tender al amor, nuestra única verdad” (37).

- “Mi hermano no conoce -todavía- esta gracia. No sabe -todavía- lo que es dejarse hacer por su padre. Cree, en su rigidez ingenua, que suena afinado porque es justo y se agita por fuera para enderezarlo todo” (39).

- “No somos nosotros mismos sino cuando dejamos madurar en nosotros lo que habla de aquel que nos ha hecho” (43).

- “No se puede comprender a los demás si no es en el espejo de las propias fragilidades y de las propias impotencias” (91).

José Miguel NÚÑEZ, *Crear en el corazón de la ciudad*, Khaf, Madrid 2018, 243 pp.

Libro interesante en su planteamiento y en su consecución, si bien a

medida que se va leyendo la originalidad que parecen prometer las primeras páginas va perdiendo vigor, de modo que al final se queda en un libro más, en el que se abordan multitud de temas sobre los cuales se está escribiendo mucho en el momento actual: el incipiente retorno a lo religioso en medio de una crisis fortísima de la religiosidad, entendida al modo tradicional, especialmente en el contexto de la religión católica; la influencia en nuestra cultura de la espiritualidad oriental; los planteamientos religiosos que surgen a partir de la carencia y del deseo humano de plenitud, que son rescatados por la oferta de la revelación cristiana, que empatiza profundamente con los deseos más profundos del ser humano; la necesidad de cambio por parte de los agentes de pastoral, para poder llegar realmente a una juventud desencantada de la oferta religiosa, o que ya ni siquiera se deja desencantar, porque tiene claro que la propuesta religiosa no va con ellos y no les toca el corazón...

Quizá algo que hace especialmente atractivo este libro, además de la cuidada presentación, en la que siempre se esmera la editorial Khaf, es el estilo cercano y sencillo de José Miguel Núñez. En muchos párrafos, incluso, se dirige a un tú concreto, intentando

buscar el diálogo y el posicionamiento del lector. Este intento de provocar la reflexión del lector encuentra expresión al final de cada capítulo, en el que se ofrece una serie de preguntas que pretenden el cuestionamiento del lector, muy adecuadas también para una reflexión compartida.

Se trata, por tanto, de una obra con contenidos filosóficos, teológicos y pastorales. Y la orientación pastoral se va haciendo más fuerte a lo largo de las páginas, a medida que se adentra en temas como el pluralismo cultural y religioso en el que nos movemos, la conciencia de caminar contracorriente cuando hacemos propuestas específicamente cristianas, la creciente preocupación por el alejamiento de los jóvenes, descrito incluso manejando datos de las últimas encuestas de valores humanos y religiosos realizadas en España. Todo ello le conduce a José Miguel, al final del libro, a proponer una “catequesis significativa”, o lo que es lo mismo, una catequesis que toque afectivamente la vida del destinatario.

El libro parte de la hondura de la propia experiencia humana, de todo hombre, si bien cristalinamente expresada por autores de las últimas décadas que se han sumergido en la necesidad profunda del ser huma-

no, desde la pura inmanencia. Este es un terreno en el que el autor, de profunda formación filosófica, se siente cómodo, y que encuentra en dos filósofos su expresión más clara: Vattimo y Blondel. Esta experiencia humana le permite afirmar, a partir de la teología de Karl Rahner, que el ser humano tiene semilla de Dios. Ahora bien: esta necesidad profunda del ser humano, que nadie niega, no es en sí misma prueba de nada. De hecho, *los filósofos de la sospecha*, a los que también se hace referencia en este libro, a partir de esas mismas necesidades, llegan a afirmar la inexistencia de Dios, y a proponerla incluso como lo mejor que puede llegar a descubrir el ser humano, para que realmente el hombre sea un ser logrado. De ahí que José Miguel se pregunte: “¿Es que el constatar que el ser humano anhela plenitud y sentido en su existencia debe conducirnos -necesariamente- a concluir que Dios es una mera ilusión? ¿Y si fuese verdad que alguien -más allá de nuestros propios límites- sale a nuestro encuentro confiando un sentido nuevo a nuestra historia?”. Para concluir este encendido debate con esta afirmación: la necesidad de plenitud del ser humano no es prueba evidente de la existencia de Dios, pero sí nos permite afirmar al menos que Dios es “razonablemente” plausible.

A partir de este planteamiento inicial, tan habitual en muchos libros en los que se pretende el diálogo entre la razón y la fe, pero expresado de un modo sumamente interesante, se hace una sencilla y sintética presentación de la fe y la revelación cristiana, que supone un recorrido por el credo, hasta presentar lo que es la Iglesia, como institución y como comunidad creyente, porque “creer a solas no es creer”.

Una obra interesante, que crea más expectativas en el lector de las que al final puede llegar a ofrecer, ya que llega un momento en el que transcurre por caminos ya demasiado trillados en muchas otras obras, y en la que convendría evitar algunas repeticiones, porque aparecen en ella párrafos casi idénticos en distintas partes del libro, y en la que es necesario reconocer una cierta valentía para llegar a defender con tesón la fe y la práctica cristiana de los ataques tantas veces infundados de quienes no tienen ojos más que para ver aquello que es criticable en la religión y ninguna capacidad para reconocer lo que de positivo y original ofrece.

Esteban de Vega

VIDA RELIGIOSA

José Cristo Rey GARCÍA PAREDES, *Otra comunidad es posible, Publicaciones claretianas, Madrid 2018, 165 pp.*

García Paredes sostiene desde las primeras páginas de este libro que la vida religiosa realmente se ha embarcado en un proceso de profundas transformaciones en lo que a su organización se refiere: nuevos modelos de funcionamiento, unión de distintas provincias religiosas, cambios en las estructuras... Pero llega el momento en el que los cambios tienen que afectar a la vida interna, a la propia comunidad. Y el libro aborda este cambio necesario para la vida de la comunidad, un cambio que sólo será posible si se vive, tal y como indica el subtítulo del libro, “bajo el liderazgo del Espíritu”. Para dar pistas de por dónde tiene que ir este cambio posible, estructura el libro en seis capítulos, que son los siguientes:

- Comunidades configuradas por la Misión. En este capítulo deja claro que, frente a la idea que solemos tener, la comunidad *no tiene* una misión. Es Dios quien *la confía* a la comunidad. La misión es de Dios y él la confía. El concepto que más desarrolla en este primer capítulo, presente también en otras obras de García Pareces, es la de *misio Dei*.
- Comunidades-morada: espacios de comunión. Se presenta la comunidad como *un lugar real* frente a los *no-lugares* de nuestra sociedad, ocupados por gente que pasa, anónima, meros usuarios o consumidores... Una comunidad que no es un conjunto de personas que se encuentran juntas en un mismo espacio, sino que genera comunión, que acoge gozosamente la diversidad, en un espacio de ecología vital, en el que no se impone la *uniformidad*, sino en el que se crea la *unidad*. Abierta a la acción del Espíritu, porque es una comunidad de seguidores, empastada en el amor. La comunidad será algo así como el intento de respuesta a la pregunta que Albert Camus dirigió: “¿Cómo puedo yo sentirme en casa?”.
- Comunidades organizadas: el nuevo paradigma. Aborda aquí la necesidad de or-

ganizarnos de otra manera. Presenta el momento actual como el momento del paradigma turquesa-holístico, en el que la organización se entiende como un sistema viviente, como un organismo vivo en el que todas las partes, todos los miembros, cuentan, teniendo como telón de fondo la doctrina paulina del cuerpo: todas las partes del cuerpo tienen su función y su valor, comparten una dignidad común. Aquí el líder es un facilitador, no alguien que da órdenes, y encarna en sí mismo la humildad.

- Comunidades lideradas por el Espíritu: líderes y colaboradores. Presenta aquí el tema del liderazgo de la comunidad, afirmando que el liderazgo del Espíritu y el seguimiento de Jesús son correlativos. El paradigma turquesa-holístico que presenté en el anterior capítulo se desarrolla aún más en esta parte, al hablar de una colaboración profundamente inclusiva y de un liderazgo colaborativo. Se opone al *seguidorazgo*, que

es el propio de la obediencia mal entendida, y apoya el seguimiento, que implica creatividad y una concepción de la identidad de un modo narrativo. Y dedica unos párrafos muy intensos a hablar de cómo debe ser el liderazgo en la Iglesia.

- Comunidades ante el conflicto: reconciliación transformadora. Comienza por presentar la realidad de un mundo en el que los conflictos son omnipresentes, para indicar a continuación que estos conflictos no están lejos, sino que los tenemos en nuestras propias familias y en nuestras comunidades. La Biblia da buena muestra de esta realidad en múltiples pasajes. Es necesaria la transformación personal y estructural para superar el conflicto que el odio sigue sembrando.
- Comunidades en transformación: volar, viajar, contemplar, soñar. A lo largo del libro he hablado ampliamente de una nueva organización, pero en este capítulo clarifica que la or-

ganización nueva no está en clave de programación sino de transformación, para constituir comunidades vivas. A cada uno de los cuatro verbos que aparecen en el título del capítulo le dedica una imagen o una breve reflexión:

- Volar, como un trapeceista.
- Viajar del ego-sistema al eco-sistema.
- Contemplar, como otra forma de ser y de actuar, no tan apegada a lo efectivo.
- Soñar, en medio de tiempos de oscuridad.

En conjunto, el libro responde al título, aunque confieso que esperaba más de él. Da la impresión de que la gran novedad del libro está, más que en el contenido, en la utilización de un lenguaje y unas imágenes muy atractivas e implicadoras, y en la comunicación de una sólida esperanza en que el cambio es posible. Eso es lo que hace que recomiende la lectura de esta obra que, por lo demás, es sencilla y se presenta de una forma tipográficamente atractiva y clara, lo que favorece su lectura. Cada ca-

pítulo está subdividido en múltiples epígrafes, muy reveladores del contenido que en él se desarrolla.

Esteban de Vega

Daniel DE MONTMOLLIN,
Con las manos en la tierra, Khaf,
Madrid 2017, 77 pp.

El Hno. Daniel de Montmollin es actualmente el miembro más anciano de la comunidad de Taizé, y es uno de los primeros cuatro hermanos a los que el H. Roger convocó para instalarse en la colina de Taizé. En esta obra, escrita como respuesta a las preguntas que alguien le plantea, va compartiendo la experiencia de una larga vida dedicada a la alfarería, dejando claro que en esta ocupación ha descubierto un modo de vivir y de ser, una especie de vocación, con la que se encontró casi por casualidad, no de una forma pretendida. Ahora bien, a pesar de ser una temática aparentemente tan sencilla, este libro presenta una especial singularidad, pues en él confluye el pensamiento y la reflexión de alguien que es monje, alfarero, poeta, filósofo, hombre de comunidad, acompañante... Todo esto contribuye a hacer de esta obra un libro de gran complejidad, a pesar de su aparente sencillez.

El hilo conductor de este libro es fundamentalmente la alfarería, pero la alfarería, que realmente centra el discurso en su técnica y materialidad, es a su vez un símbolo de la vida, de la evolución de la misma, del modo de asumirla y darle sentido... de modo que quien se acerca a este libro, a la vez que está leyendo sobre arcillas, esmaltes, aplicación del fuego, maquinaria... está reflexionando sobre la necesidad de sentido, la creatividad, la paciencia, la búsqueda vital, la ética, la interioridad...

No es una lectura fácil, porque la expresión del Hno. Daniel no lo es y porque a veces parece que el contenido de los diferentes capítulos, siempre planteados como respuesta a las diversas preguntas, se dirige de un modo excesivamente centrado en el mundo de la alfarería, que no es un mundo que resulte muy atrayente para un conjunto amplio de lectores. Sin embargo, una lectura atenta de la obra permite descubrir un sentido profundo en todas las afirmaciones. Así, el ejercicio de la alfarería se convierte en la imagen perfecta de la propia imagen del monje, que sigue siendo tan necesario hoy, a pesar de parecer una figura anacrónica. Pero tanto el alfarero como el monje nos recuerdan que lo más

importante no es la prisa, sino el saber “tomarse su tiempo” necesario, sin que se impongan las prisas ni el eficacismo; nos habla de una forma de vivir que busca la belleza, la creatividad, el respeto a lo que existe, el sentido ecológico; nos habla de la unidad de vida, frente a la escisión, la deshumanización y la tecnificación; nos habla de la sabiduría de la continuidad, la permanencia, lo que no depende de las modas... Nos plantea cuestiones de fondo, como por ejemplo: “¿Cuántos años serán necesarios para rendirse a la evidencia de que, más que el lucro y el vedetismo, ir deprisa atenta contra la creatividad?”. Nos habla de la capacidad de ser feliz en medio de una vida sobria y anónima, que respeta el ritmo de la creación, la densidad del tiempo que requiere la obra bien hecha, la huida del instantaneísmo que nos devora; de la libertad que exige vivir dándole al momento presente todo su valor, de hacer-se a sí mismo como el hacer fundamental de la vida...

Quien escribe es un monje, sí, pero la obra, de gran calado espiritual y de plasmación de la interioridad de una persona, no es propiamente una obra religiosa, en el sentido de que en ella ni se habla de Dios, ni de la vida monástica, ni de los valores o

las prácticas cristianas... Es un libro, en ese sentido, accesible a toda persona para la que sea importante la búsqueda y la reflexión profunda acerca del sentido de la existencia. A lo sumo, se encuentran entre los párrafos algunas citas bíblicas, que se comunican más como expresiones de sabiduría que como formulaciones de tipo religioso.

Una obra interesante, por tanto, peculiar en su contenido y en su forma, no de fácil lectura, por su juego constante de imágenes que van mucho más allá de lo que se expresa literalmente y por la complejidad de las expresiones que exigen esfuerzo intelectual... Y una obra de bella presentación, como es habitual en los libros de la editorial Khaf.

Esteban de Vega

EDUCACIÓN

Maria Carme BOQUÉ, *La mediación va a la escuela*, Narcea, Madrid, 2018, 157 pp.

La autora considera la mediación desde el punto de vista de dirimir conflictos en el seno de la comunidad y a salir de los mismos de modo que queden satisfechos los contendientes. Este tipo de mediación conviene

centrarla adecuadamente para poder decir que proviene de Norteamérica y Latinoamérica, y que se extiende a diversos movimientos sociales, religiosos, pacifistas, sindicales. Es una mediación profesionalizada, de expertos con formación específica, para distinguirla de esa mediación natural que se esfuerza por trabajar la paz en los diversos grupos.

La mediación nos lleva a hablar de transformación del conflicto, supuesta la neutralidad de la persona mediadora. No es lo mismo mediar que negociar; no hay beneficio que se quiera conseguir.

La mediación es un proceso formal de gestión pacífica de conflictos en el que participan las personas implicadas junto con otra persona externa que les acompaña y favorece la comunicación entre ambas y en la búsqueda de un acuerdo mutuamente satisfactorio y libremente pactado. Es un proceso de gestión en que se acompaña a cada participante para que comprenda la situación. La mediación es preventiva, voluntaria, confidencial, empodera a los protagonistas y se les ayuda a buscar soluciones.

Se dan diversos modelos: el tradicional, directivo, y el modelo trans-

formativo o no directivo. También son distintos los ámbitos de aplicación como el intercultural, en salud, en conflictos armados, en bandas o grupos armados, en la familia, y en la escuela. El proceso se realiza paso a paso: primero saber qué nos ha pasado; tomar conciencia del problema; reunión inicial con normativa de respeto mutuo y se anima a que cada uno analice el problema. Luego tratar lo que interesa a quienes piden una mediación; no hay quien mande; se acuerda una agenda. Tercero, cómo nos arreglamos, se hacen confluír los intereses y se redacta un acuerdo que mueva los comportamientos. Así, la mediación tiene un alto componente educativo y de aprendizaje.

El mediador/a tiene un perfil determinado: capacidad de escucha, de empatía, acogida, centrar el problema desde el otro, mantener la independencia entre las partes de modo que haya objetividad. Debe reflejar confianza en las partes y su capacidad de solución, dando oportunidad de madurar dentro del conflicto. A veces la mediación requiere de un equipo.

Al pensar directamente en la escuela, saltan a la mente multitud de situaciones que rompen el clima de convivencia que se quiere. Intervienen diversos factores, no sólo los alum-

nos, la escuela misma, los profesores, la familia, la sociedad, los amigos... El ideal es un clima plural, democrático, pacífico, participativo. La acción preventiva y proactiva siempre resultan eficaces; un buen colegio no es el que no tiene problemas, sino el que sabe regular y remediar los conflictos. Hay muchas desigualdades y diferencias, muchas veces provocadas artificialmente. La autora muestra realidades colegiales con problemas que requieren mediación. El rol del docente es atajar el conflicto y tenerlo bajo control: tratarlos, dialogar, dar perspectivas amplias. En las clases hay siempre líderes positivos o negativos; los primeros no siempre con oportunidades para invertir energías en favor de la convivencia; los líderes han de tener competencia comunicativa, creatividad, pero haciendo un aprendizaje de la mediación.

Para elaborar programas de mediación, la autora elabora elementos guía: fijar objetivos, facilitar la conexión de cada individuo consigo mismo, con el grupo, destacar los valores importantes, erradicar la violencia. Establecer etapas: toma de conciencia, seleccionar mediadores, capacitarlos, hacer un diseño, incluirlos en el proyecto de centro, regular recursos.

Para cerrar la obra, la autora nos presenta estrategias interesantes para la educación infantil, primaria y secundaria, con todo lujo de detalles. También muestra ejercicios para distintos niveles. El proyecto de mediación no puede ser una medida sancionadora, es medida educativa, lo cual requiere consenso en todo el centro, motivación, que se revise la relación, la normativa vigente, proponerse unos objetivos, estructura organizativa que regule el ejercicio de la mediación y vaya formando al profesorado. Esta formación nos la ofrece la autora con un proceso bien detallado por sesiones con su contenido.

Estamos ante un libro sencillo, práctico, útil para muchos educadores que quieren prevenir conflictos o tratarlos para conseguir un ambiente de paz.

José M^a Martínez

José Carlos BERMEJO, *Counselling humanista*, Ed. San Pablo, Madrid, 2018, 150 pp.

Hablar de *Counselling* es pensar en la relación de ayuda a las personas, de acompañarlas en su deseo de cambio, pese a las resistencias; es empoderar a las personas para que sean dueñas de sí mismas, controlen su

propia vida; asegurar su autoconfianza y seguridad.

El libro parte de la experiencia de José Carlos como *Counsellor* durante muchos años en los Centros de Escucha. Se trata de la relación de ayuda para cambiar conductas destructivas y adquirir destrezas para adaptarse a situaciones como protagonista. Hoy se mezcla con el Coaching, con elementos comunes y diferenciadores. Al autor le preocupa la formación de aquellos trabajadores profesionales con relación de ayuda: trabajadores sociales, enfermeras, maestros, mediadores, orientadores familiares, etc. En general, el objetivo es humanizar, hacer algo más humano, menos duro, pensando cómo debería vivir el ser humano para realizarse como tal (Llegar a ser persona de Rogers).

Hay un compromiso con las capas débiles y los sujetos frágiles, los enfermos, los pobres, para que pasen de la pasividad a la confianza en sí mismos. Desde K. Rogers, la persona ocupa el “centro” de la orientación (Client centered) y preocupación en sentido holístico, generando salud en el ámbito mental, acompañamiento en la enfermedad, en las crisis... generar salud espiritual, conciencia de ser trascendente.

El Counselling implica una alianza terapéutica; esa “amistad médica” de que hablaba Laín Entralgo. El gran medicamento de las palabras bondadosas que decía Freud. Alianza fundada en la verdad y el realismo con el compromiso de conseguir lo que se persigue. Son infinitos los casos necesitados de Counselling, y con ellos hay que explorar las dificultades, los recursos, lo que implica formación a nivel cognitivo y sobre todo interiorizar actitudes y hacerlas operativas. Las claves las enunció Rogers: empatía, autenticidad y aceptación incondicional. Empatía se refiere a la estética y al estímulo creativo del artista, del jefe religioso, profesor, cuya eficacia depende de la identificación con respecto a la materia que afronta. Para Rogers consiste en darse cuenta, con precisión, del cuadro de referencia interno de la otra persona, de las emociones y significados, como si fuéramos la otra persona; con ausencia de juicios y con atención calorosa, positiva, receptiva, del “cliente”; es aceptar la esencia de la persona, más allá de su conducta, sin que sea aprobación de la conducta. “Se trata de un sentimiento positivo que se exterioriza sin reserva ni juicios” (Rogers). Esto requiere un entrenamiento en la aceptación. La empatía anima a la persona a ser ella misma en un encuentro auténtico, y esto se pone

de manifiesto sobre todo en la adversidad: “Estoy perdido...” “lo peor que me podía pasar”, “es un desastre”... son expresiones oídas.

El autor da un paso más al explicar el Counselling, poniendo la palabra “integrativo”; el mismo Jung ya proponía la clave de la integración: integrar la propia sombra, “lo que niegas te somete, lo que aceptas te transforma”. La sombra son frustraciones, experiencias vergonzosas, temores, rencores, alojadas en el inconsciente del ser humano; hay dificultad para reconocer la propia sombra, así que, acercarnos a ella, conocerla y aceptarla, simplificará el camino de su integración. La relación de ayuda es algo así como hacer magia: la magia de la palabra permite crear las imágenes que uno lleva dentro de sí; los cuentos estimulan la reflexión de grandes y pequeños, llaman al corazón.

La tercera parte la dedica el autor a la formación en Counselling; en ella lo importante es combinar la teoría con la praxis y el desarrollo personal. Hay que conocer los modelos existentes, dar paso a la experiencia y realizar uno mismo la introspección y regulación de los propios sentimientos. Se requiere adiestramiento sobre la empatía, la autenticidad y la introspección. Van surgiendo aso-

ciaciones de Counselling en España, que siguen profundizando en el aprendizaje de la autenticidad. Tanto Counsellors como Asociaciones, tienen bien establecidos los retos de la relación y el encuentro personal para favorecer su desarrollo.

La actitud de ternura como expresión serena, bella y firme de respeto y amor, es la única que acompaña en situaciones de final de la vida. Esta relación, en el fondo, es un trabajo de liberación; en el enfermo mental esa liberación proviene de la relación personal; en los “contratos de esclavitud” que circulan en la red. En todas las situaciones, la finalidad del Counselling es llegar a la plenitud de la persona. Las personas víctimas del “burn out” o quemadas en su trabajo, etc.

Introduce un nuevo concepto: la “ecpatía” que permite el manejo del contagio emocional y de los sentimientos inducidos.

El Counselling irá encontrando nuevos desafíos ante el problema de la vergüenza, el de la comunicación de malas noticias; encauzar el sufrimiento, sacar partido a la propia vulnerabilidad desde los propios traumas. Conocer los subterráneos de uno mismo en el rol de terapeu-

ta o ayudante. Y se va cerrando la obra aludiendo a la ética, la bioética, como dimensión de toda forma de ayuda, indicando, con Edgar Morin, el paradigma de la complejidad, el modo de pensar sistémico y que cada hombre contiene varios hombres en su interior. El Counselling tiende a construir un mundo más dialógico y más humano.

Creo que estas 150 páginas son de gran perfección, de una experiencia que se descubre en cada línea y de lectura obligada para todo el que tenga un trabajo de orientar a otros en cualquier forma.

José M^a Martínez

TEMAS SOCIALES

Pepa TORRES, *Decir haciendo*, San Pablo, Madrid 2018, 309 pp.

Pepa Torres es una religiosa que forma parte de una comunidad intercongregacional, cuya misión fundamental es el compromiso en favor de las personas que, en el mismo centro de Madrid, pasan por situaciones muy difíciles de tipo laboral, económico, familiar... La mayor parte de estas personas son emigrantes que conocen de primera mano el problema de la exclusión, la marginación, la per-

secución, la inseguridad... Y de toda esta amplia experiencia dan cuenta las páginas de este libro, escrito con mucho cariño y respeto para las personas que sufren estas situaciones, a la vez con una profunda intención de condena de las injusticias que el sistema ocasiona. Es el libro de una mujer creyente, cuya fe le lleva a comprometerse con la realidad y a elaborar y vivir una teología que encarna el grito y el dolor de las personas que sufren, junto con la esperanza por ser testigos de tantos gestos, signos y semillas de vida que crecen por doquier y que saltan a la vista cuando se abre los ojos a esta realidad.

El lenguaje de Pepa es sencillamente encantador, reflejando constantemente la denuncia y la belleza, el dolor y la ternura, la fragilidad y la fuerza... Porque todo esto aparece en cada una de las historias reales que Pepa narra en estas páginas, a partir de las cuales ofrece su reflexión en la que invita al compromiso, a compartir la vida, a mantener la esperanza, a denunciar... En muchas de las narraciones e historias que desfilan por estas páginas se deja ver que el sufrimiento, con ser real y lacerante, no tiene la última palabra, porque hay “un valor subversivo” en el amor que puede cambiar la realidad, y porque la fe es capaz de mantener “incombustible la esperanza”, en expresión de una amiga de Pepa, que se maravilla del poder de la fe, precisamente ella que no goza de ese don.

tible la esperanza”, en expresión de una amiga de Pepa, que se maravilla del poder de la fe, precisamente ella que no goza de ese don.

Son muchas las expresiones, casi siempre propias y otras veces prestadas, en algunas ocasiones paradójicas y otras de un sentido más que claro, pero siempre bellas y rotundas, con las que Pepa despierta la conciencia y el asombro de quienes leen el libro. Por ejemplo: “la oscuridad está poblada de luciérnagas”; “siempre hay más libertad disponible de la que nos tomamos”; “aunque pretendan arrancar todas las flores no se puede detener la primavera”; “las fronteras son cicatrices de la tierra inventadas por el poder”; “Jesús de Nazaret no hizo otra cosa en su vida más que ayudar a levantar dignidades y encorvamientos...”. Y como estas, muchas más expresiones. Y sorprende también el elevadísimo número de organizaciones, comités, grupos solidarios, colectivos militantes... que van desfilando por las páginas de esta obra. Son en sí mismas, por su amplísima enumeración, un claro índice de que hay mucha solidaridad a pie de calle, muchas veces sin hacer ruido, y otras precisamente armando mucho ruido y provocando mucha movilización, precisamente para denunciar la injusticia y buscar el cambio radical de las cosas.

Junto a las expresiones citadas, tan elaboradas y preciosas, aparecen otros muchos conceptos y palabras más breves, que juegan con la imagen, la poesía y belleza: “el parto de lo inédito”, “mentalidad microondas”, “descolonizar los feminismos”, “antídoto contra la amnesia”, “parir misericordia”, “comadronear lo nuevo”, “buenear la vida...”.

Resalto esta particularidad del lenguaje porque se convierte en un vehículo muy adecuado para comunicar la esperanza en medio de las situaciones de extremo dolor que van apareciendo a lo largo de los artículos del libro, como una muestra inquebrantable de optimismo y fe a pesar de tanto dolor, de realidades muy variadas de rabiosa actualidad: la situación de los CIEs, los barrios marginados, la privatización de la sanidad, el dolor de los manteros, el peligro de las pateras, la feminización de la pobreza, la xenofobia, la necesidad de lugar por la ecología, las deportaciones, la falta de derechos, el maltrato de mujeres y niños, los contratos basura, las horas de trabajo no pagadas, el trato discriminatorio, la criminalización del diferente, las madres que viven solas cuidando de sus hijos en situaciones inconcebiblemente lamentables, los abusos laborales, las empleadas de hogar a las que no se reconoce su dignidad... A

veces la mirada a estas realidades es de clara denuncia y condena; otras, de una muestra de ternura y admiración por los valores de coraje y entrega que se observan en quienes las sufren... Muchas veces con una mirada creyente, descubriendo en estas personas el paralelismo bíblico con personajes como Sara y Agar, Ruth y Noemí, la sirofenicia, Nicodemo, Pablo de Tarso, Lot, Jefté...

En cada capítulo, normalmente breve, de cuatro o cinco páginas, se puede leer fácilmente la idea fundamental o un pensamiento sugerente, porque se resalta en un recuadro, del mismo modo que a veces se hace en las revistas.

Un libro, por todos estos motivos, sugerente, valiente, actual, poético a la vez que realista... Pero claro, un libro con estas características es inevitable que en su conjunto a veces parezca un tanto repetitivo, dado que la temática gira siempre en torno a temas muy similares, aunque en cada capítulo se haga desde acontecimientos o personas diferentes.

Esteban de Vega

ÉTICA Y MORAL

Pawel Stanislaw GALUSZKA, Karol Wojtyla e *Humanae vitae*. Il contributo dell'Arcivescovo di Cracovia e del gruppo di teologi polacchi all'enciclica di Paolo VI, Cantagalli, Siena 2016, 547 pp.

Próximos a celebrar el 50º Aniversario de la publicación de *Humanae vitae* (25 de julio de 1968), la encíclica no deja de producir literatura, como en el momento de su aparición produjo disparidad de adhesiones y un debate teológico y pastoral complejo.

La obra de Pawel Stanislaw Galuszka se centra sobre la contribución del arzobispo de Cracovia, a la sazón Karol Wojtyla, y del grupo de teólogos polacos, a la encíclica de Pablo VI. El texto explica detalladamente el pensamiento de Karol Wojtyla en el período conciliar sobre temas de matrimonio y familia, cuenta la génesis y el contenido del “Memorial de Cracovia”, un texto enviado a Pablo VI, unos meses antes de la publicación de la *Humanae vitae*, pero sobre todo nos ofrece toda la prehistoria y la intrahistoria de estos documentos. Incluye una larga carta enviada por el entonces cardenal polaco al papa Montini en 1969, pocos meses después de la publicación de la encíclica en la que

se pronuncia sobre el amor humano y la procreación responsable.

Como es sabido el arzobispo de Cracovia no pudo asistir a la reunión de la Comisión preparatoria, por impedimento de las autoridades comunistas de su país, y envió su “Memorial” así como el primer voto al contenido del documento elaborado por dicha Comisión.

Este libro es fruto de la tesis doctoral de su autor y nos presenta de un modo creativo la tradición de la Iglesia, revisitada por Karol Wojtyla, desde una visión personalista del amor conyugal. Nos muestra la unión entre la dimensión unitiva y procreativa de la intimidad sexual y por tanto fundada en una valoración plena del carácter personal de cuerpo humano, en su diferencia hombre/mujer y en su apertura a la generación de nuevas vidas.

Su autor es Pawel Stanislaw Galuszka, sacerdote de la Archidiócesis de Cracovia (Polonia), colaborador de la Cátedra Karol Wojtyla. Ha publicado, entre otras obras: *Persona e natura nell'agire morale* (Siena 2013) y *La rivelazione dell'amore e la risposta della libertà: il profilo di un'etica della fede* (DV 5), (Siena 2014)

Galuszka articula su estudio en cuatro grandes partes: en la primera ilumina el contexto de la discusión teológico-moral en el pensamiento polaco previo a la encíclica y se concentra en autores como J. Woroniecki y Z. Kozubski, y en los esfuerzos de renovación de la pastoral familiar.

En la segunda nos ofrece una panorámica sobre los estudios del joven sacerdote, profesor en Lublín, y del obispo siempre en contacto con las familias, mostrando la importancia de la participación activa en los trabajos del Concilio Vaticano II para contribuir a la maduración y al enriquecimiento de su pensamiento antropológico y ético.

La tercera parte es el corazón de la tesis y nos presenta un estudio detallado y exhaustivo del “Memorial de Cracovia”, que es la contribución específica del obispo Wojtyla y sus colaboradores para la preparación del texto magisterial del papa Pablo VI.

Finalmente, la cuarta muestra el esfuerzo pastoral de interpretación y aplicación del documento con un horizonte que trasciende lo local, lo diocesano, y que tiene como horizonte a toda la Iglesia.

Stanislaw Grygiel, profesor del Instituto Juan Pablo II, buen conocedor de su figura y pensamiento, insiste en el *Postfacio*: “El valor de libro de don Pawel Galuszka es grande. Quien quisiera conocer mejor el pensamiento de Karol Wojtyla y, como consecuencia, el de san Juan Pablo II, se verá obligado a entrar en los análisis de la génesis de su pensamiento, realizados por don Galuszka. Su libro será de ayuda a todos los que quieran comprender y aprender a mirar de un modo más adecuado la persona humana. La así llamada antropología adecuada ha nacido en la experiencia primordial del Principio que es el acto de la creación, buscada a través de la fe en la experiencia moral de la persona humana, es decir, del hombre que habita en la comunión con las personas”.

José Luis Guzón,

VARIOS

Robert SARAH, La fuerza del silencio, Frente a la dictadura del ruido, Palabra, Madrid 2017, 281 pp.

Este es un libro denso, de no fácil lectura, de gran tamaño... y sin embargo, ha alcanzado ya la cuarta edición en unos pocos meses, lo cual es

indicador de algo: primero, de que hoy hay una apetencia muy grande de silencio, en medio de una “dictadura del ruido”, tal y como señala el subtítulo de la obra. Y, segundo, de que es una obra que merece la pena, por más que en ocasiones su lectura se haga ardua, como he reconocido desde la primera línea.

El autor es el Cardenal Robert Sarah, nombrado Presidente de la Congregación para la celebración de la Liturgia en la Iglesia por el papa Francisco. El prólogo está escrito por el Papa Benedicto XVI, que anima encarecidamente a la lectura de la obra, convencido de que para conocer el evangelio y entrar de corazón en él no es lo más importante la lectura y el estudio de trabajos técnicos, sino la confrontación con la Palabra en un clima de silencio. Y este libro es una buena ayuda para acercarse a conocer qué es el silencio, valorar su importancia y aprender a vivir en él.

El libro está escrito a modo de entrevista, en un diálogo muy amplio entre el periodista y autor francés, Nicolas Diat, y el Cardenal. El periodista plantea las preguntas y el Cardenal va respondiendo, con respuestas detenidas, amplias, en las que queda claro que el silencio no es fundamentalmente el resultado de determinadas técnicas, aunque estas

puedan ayudarnos a acrecentar nuestra capacidad de entrar en nosotros mismos, cuanto un modo concreto de situarse ante la vida y de vivir. El objetivo que pretende el cardenal con este libro, ante todo, es hacer ver que, aunque el silencio cueste, permite acrecentar en el hombre la capacidad de dejarse guiar por Dios. Y desea ante todo que quien lo lea el libro pueda crecer en la virtud de la humildad.

Las preguntas que el periodista plantea son de hondo calado. No todas se refieren de modo directo al silencio, pero sí es cierto que es el silencio lo que se encuentra como telón de fondo en todos los capítulos. Muchas preguntas giran en torno al pensamiento general o a ideas y citas concretas de maestros espirituales, santos, místicos cristianos, padres de la Iglesia, monjes célebres en la historia de la Iglesia o monjes menos conocidos... Los títulos de los capítulos ayudan a situarse en los grandes bloques temáticos del libro, o más bien en el diferente modo de afrontar la temática del silencio: *El silencio frente al ruido del mundo; Dios no habla, pero su voz es nítida; El silencio, el misterio y lo sagrado; El silencio de Dios ante el azote del mal; Como un grito en el desierto: el encuentro en la Grande Chartreuse.*

En todos los capítulos las respuestas

del Cardenal a las preguntas del periodista se presentan numeradas, de modo que las ideas del libro se puedan citar con mucha facilidad. Pero esto no ocurre en el último capítulo, en el que, en lugar de intervenir dos pensadores, el Cardenal y el periodista, intervienen tres, porque se añade al diálogo Dom Dismas de Lassus, Padre General de la Orden de los Cartujos de la Gran Cartuja.

El libro presenta una prolongada reflexión sobre el silencio, pero se encuentran en él un sinfín de pensamientos dignos de ser recogidos y citados. Vayan los siguientes como botón de muestra:

- El hombre para poder ser realmente imagen de Dios tiene que entrar en el silencio.
- En el corazón del hombre existe un silencio innato, pues Dios habita en lo más íntimo de cada persona.
- Ningún profeta ha encontrado jamás a Dios sin retirarse a la soledad y el silencio.
- El silencio de Dios es una marca de fuego candente en el hombre que se acerca a él.

Esteban de Vega

FRANÇOIS NAULT, *El evangelio de la pereza*, PPC, Madrid 2018, 156 pp.

Desde el comienzo del libro hasta la última página se mantiene y se defiende una idea: la pereza revela un arte de vivir en el que merece la pena adentrarse. Y esta tesis se sostiene a lo largo del libro de múltiples formas: con ejemplos, narraciones, citas, pasajes del evangelio... La primera de estas citas se recoge en la introducción del libro y es de Marguerite Yourcenar, en su libro “Memorias de Adriano”. En ella se dice que la verdadera esclavitud es la de estar siempre trabajando. Contra esa esclavitud se revela François Nault, y para hacerlo intenta desmontar la idea contraria, tan extendida en la cultura occidental: la mitificación del trabajo y la demonización de la pereza y de la desocupación. Frente a la laboriosidad y la exaltación del trabajo, Nault propone el valor de la pereza como el verdadero arte de vivir. Siguiendo a Hobbes, Nault afirma que no es la pereza la madre de todos los vicios, como normalmente decimos, sino la laboriosidad.

El término “escuela”, según revela Nault, tiene en su origen latino, grie-

go y alemán el significado de “ocio”. Esto quiere decir que la escuela no es primeramente lugar de trabajo, sino espacio que invita a la ociosidad y la pereza. Aprender no es resultado de esfuerzo, sino de deseo e interés.

La mayoría de los capítulos de este libro son muy breves, y en todos ellos aparece una cita introductoria que hace una alusión muy directa al tema de la pereza. Muchos de los citados son personas de gran renombre en el mundo de la poesía, la filosofía, la literatura, la ciencia: Christian Bobin, Albert Jacquard, Fernando Pessoa, Oscar Wilde, Tristan Bernard, Thierry Paquot, Kierkegaard, Blaise Pascal, Bram Stoker. Cuando uno se encuentra con tantas citas, en las que se ensalza de una forma tan directa la pereza, se sorprende de que lo que normalmente es tan denostado haya sido sin embargo tan ensalzado y alabado por muchas personalidades eminentes de nuestra cultura. Y a todas estas citas, Nault añade una más importante, pues en realidad todo este libro es deudor de otro libro de 1939, muy breve, que tenía el mismo título: “Evangelio de la pereza”, de Henri-Gustave Jossot.

El tono del discurso es fundamentalmente irónico, aunque no se trata nunca de una ironía ácida, sino

humorística, filosófica, poética... Tanto ensalzar la pereza haría contradictorio que el autor se tomara un esfuerzo muy grande a la hora de defenderla. Más bien, da la impresión de que el valor de la pereza cae por su propio peso y no se necesita argumentar mucho en su defensa. Uno tiene la impresión de estar acercándose a la escuela cínica clásica, donde los valores no necesitaban ser defendidos argumentativamente, sino que se imponían sin más desde su pura evidencia.

En varios lugares, François Nault se empeña en contraponer la bondad de la pereza a los juicios condenatorios de la misma por parte de José María Escrivá de Balaguer. Para el fundador del Opus Dei, el trabajo revela la condición verdadera del hombre logrado y la propia Iglesia ensalza este valor. El hombre ha nacido para trabajar. En la misma línea reflexionaba el Papa Juan Pablo II cuando proponía “El evangelio del trabajo”. A ambos pensadores opone Nault su reflexión, sin intentar una oposición de tipo argumentativo: sencillamente, presentando la realidad desde otro punto de vista diametralmente opuesto.

Si el título del libro incluye la palabra “Evangelio” no es por casualidad, porque una de las ideas que el autor

más utiliza es precisamente la del propio ejemplo de Jesús, que no fue un hombre trabajador, sino que supo vivir una sabia pereza y proponerla a sus seguidores. Por eso, de un modo no sistemático, en el libro se van presentando determinados textos evangélicos que el autor utiliza en defensa de su línea de argumentación: Jesús, un hombre itinerante que admiraba los lirios del campo y los pájaros que no trabajaban; que retira del trabajo de las redes o de la recaudación de impuestos a aquellos a quienes elige; que se aparta gustoso de la tarea para dedicarse a rezar; que anuncia un año de gracia que, de entrada, es un año de reposo; que propone la parábola de los obreros que se incorporan al trabajo a distintas horas del día, sin conceder ningún mérito especial a quienes más han trabajado; que escapa de las tentaciones de grandeza o de las pretensiones de hacer de él un rey, prefiriendo una vida sencilla alejada del poder; que alaba a la contemplativa María y no a la laboriosa Marta; que ensalza el valor del sueño, como el espacio del descanso y de las revelaciones, y que representa la verdadera actitud del sembrador que sabe retirarse para que Dios haga su trabajo, una vez que él ha hecho el suyo; o del sueño al cual el propio Jesús se entrega confiado, aún en medio de la tempestad... Vistas

todas estas citas en conjunto, da la impresión de que la argumentación de Nault es incuestionable y que la pereza evangélica no necesita ser ni siquiera defendida, sino que este trabajo deberían realizarlo precisamente los que pretenden ver en el evangelio la exaltación de la laboriosidad. Con todo, me parece necesario añadir que algunas de las argumentaciones de Nault no dejan de ser un tanto exageradas o excesivamente forzadas para poder interpretarlas como él desea. Por ejemplo, el empeño que hacer por ver en la parábola de los tres talentos una defensa de la vida ociosa no deja de ser sorprendente.

La obra es interesante, de fácil lectura, sorprendente en algunas de sus afirmaciones, digna de respeto, por más que al leerla uno pueda pensar que se trata sólo de “un modo diferente de ver las cosas” o una argumentación que, a pesar de todo, se queda en el terreno del juego y de la analogía. Pero, en conjunto, al autor se le ve excesivamente personalista en sus afirmaciones. Al final da la impresión de que François Nault lleva excesivamente lejos los argumentos que utiliza y habría merecido la pena que se hubiera contentado con menos, resaltando el valor de la gratitud, la confianza, la despreocupación... Cuando no se contenta con

estos valores y se propone la defensa directa de la pereza, parece que cruza una línea que no sabemos muy bien hasta qué punto puede ser cruzada. Pero esa es la apuesta directa del libro: su grandeza y, a la vez, su riesgo. Otro planteamiento menos arriesgado quizá habría sido más de lo mismo y el autor ha deseado ser original. Y lo ha sido, de eso no cabe duda.

Esteban de Vega

Miren ZAITEGUI, *Gloria Fuertes*, San Pablo, Madrid 2017, 142 pp.

Se trata de una biografía breve sobre la poeta Gloria Fuertes, cuyo título responde sencillamente al propio nombre de la escritora, y que la editorial San Pablo publica dentro de la colección "Retratos de bolsillo". Una obra sencilla, publicada con ocasión del centenario del nacimiento de la poeta, escrita con cariño, pero con realismo, pues no pretende una hagiografía en la que la imagen de Gloria quede a la altura de los ángeles, sino la narración real de un ser humano con sus grandezas, sus logros, su carisma, y también con sus flaquezas y debilidades.

Destaca en la mayor parte de la biografía de Gloria la lucha constante

contra la adversidad, ya desde los primeros años: familia muy humilde, relaciones un tanto complicadas con la madre, muerte accidental del hermano pequeño, estrecheces económicas, guerra civil... Todo esto contribuyó a hacer de Gloria una mujer luchadora, libre, independiente, aunque esto le ocasionara tensiones y soledad en muchos momentos de su vida. Y la adversidad y las dificultades, lejos de frenarla, la incentivaron a escribir, pues ella misma reconoce que encontró en el dolor una fuerte motivación para luchar. Y concretamente, descubre en la poesía una canalización en la que dar rienda a una posible catarsis liberadora.

Miren Zaitegui destaca en esta pequeña obra que ser mujer y pretender escribir no era fácil cuando Gloria empezó a hacerlo, a edad muy temprana, ni lo fue durante la dictadura, ni siquiera durante la transición; pero Gloria pudo con ello, y pasó por un largo recorrido de creciente fama y reconocimiento, en el que, aún así, hubo también altibajos. Destaca también, y llama la atención que sea así, que haya tantas imprecisiones en la vida de Gloria, pues siendo una poeta tan reciente, hay muchos datos que siguen en el terreno de lo desconocido, en parte porque a la misma Gloria le gustaba jugar a los enigmas y no se

preocupaba de corregir los posibles errores que sobre ella se publicaran. Por eso, no se sabe exactamente la edad a la que murió, porque es posible que sus padres la registraran civilmente cuando ya tenía algún año; ni se sabe a ciencia cierta el número de hermanos que realmente tuvo, ni el modo concreto en que se produjeron algunos acontecimientos importantes de su vida.

En el libro se puede seguir la evolución artística de Gloria, cómo fueron surgiendo los distintos libros, las relaciones de amistad y el amplísimo espectro de amistades que mantuvo dentro del mundo literario y artístico en general, a veces en medio de conflictos, la orientación sexual de la poeta, sus viajes, especialmente el que la llevó a Estados Unidos, donde trabajó como profesora agregada, los problemas con la censura y el machismo, las estrecheces económicas y los reconocimientos literarios de los que gozó, los períodos de depresión y de alcohol, que le llevaron a pensar en el suicidio...

A pesar de ser una obra breve, uno se puede hacer una idea bastante profunda de la rica personalidad de Gloria, de su universo artístico, de su simpatía a la vez que su firmeza de carácter... Se agradece que con cierta

frecuencia se intercalen en la prosa de la autora breves poemas de la poeta, aunque lo cierto es que se agradecería que aparecieran muchos más.

Ya cerca del final se habla, muy brevemente, de la actitud religiosa de Gloria, dejándola bastante imprecisa. El Padre Ábalos, redentorista, la visitó con frecuencia en los últimos años de su vida y dice de ella que más que creer en Dios le gustaba a Gloria hablar y empaparse de él. Le confesó, en uno de sus encuentros, la siguiente afirmación: “Estoy a solas con Dios y con mi dolor”. Y también, al final de su vida, confesaba: “Tengo miedo a morir sin haber amado bastante”. Quizá por eso, y por haber sido una preocupación constante a lo largo de su vida, en su epitafio se puede leer: “Ya creo que lo he dicho todo... Y que ya todo lo amé”. Y estas últimas palabras son precisamente las que Miren Zaitegui ha elegido como subtítulo de esta breve obra.

Esteban de Vega